

T  
150.1952  
559

1

TEORÍA DE LAS PULSIONES Y EL PROBLEMA DE LA MUERTE EN EL  
PENSAMIENTO DE FREUD

OFELIA ESTHER SEÑAS

Bajo la dirección de:  
LUIS ZUÑIGA HERAZO

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA  
CARTAGENA, COLOMBIA  
2008

TABLA DE CONTENIDO

**Introducción..... 3**

**1. Aproximaciones Teóricas al concepto de Pulsión y Pulsión de Muerte en Freud..... 6**

**2. La utilidad de la pulsión de muerte para la investigación de la cultura y el papel de la cultura en la teoría de la pulsión de muerte..... 19**

2.1 La representación de la muerte..... 19

2.2 La muerte como problema y como tabú..... 21

2.3 La cultura como problema de administración de pulsiones: el malestar en la cultura..... 26

2.4 La reducción de la Pulsión Agresiva a la Pulsión de Muerte..... 30

2.5 La muerte y la felicidad del hombre..... 31

**Reflexiones finales..... 38**

**Bibliografía..... 42**

## INTRODUCCIÓN

En las siguientes páginas me propongo reflexionar sobre los orígenes, la significación y el alcance del concepto de Pulsión de Muerte (Todestrieb) en la obra de Freud, construcción teórica de lo que el autor habla explícitamente por primera vez en Más allá del Principio de Placer (1920) y es ciertamente uno de los conceptos más discutidos dentro de la teoría psicoanalítica. Según el padre del psicoanálisis dicha Pulsión parece erigirse como problema para nuestros anhelos de felicidad, porque perturba el programa de la *Pulsión de Vida*, llamado también Eros.

La Pulsión de Muerte, designa una categoría fundamental de pulsión que se contrapone a la Pulsión de Vida y que tiende a la reducción completa de las tensiones, es decir, a devolver al ser vivo al estado inorgánico. La Pulsión de Muerte se dirige primeramente hacia el exterior, manifestándose entonces en forma de pulsión agresiva o destructiva; secundariamente se dirigiría hacia interior y tiende a la autodestrucción. De igual forma, la Pulsión de Muerte se muestra en El Malestar en la Cultura (1930a), como la fuente de las tendencias agresivas del ser humano, se le impone al autor como elemento necesario para la explicación del "sentimiento de malestar cultural" que aqueja a los integrantes de todas las civilizaciones. Ocurre que los hombres se ven obligados por la necesidad de sobrevivir a relacionarse entre sí, y lo que posibilita esta ligazón son las instituciones culturales. La labor cultural exige que se coarte la expresión de las tendencias agresivas, y la renuncia a su satisfacción se encuentra en la base de dicho sentimiento universal de malestar.

De igual forma, encontramos que la Pulsión de Muerte se incluye en un nuevo dualismo, en el cual se contraponen a las pulsiones de vida (o Eros), que en lo sucesivo comprenderán el conjunto de las pulsiones anteriormente distinguidas por Freud como: Pulsiones de vida; Pulsión sexual; Pulsiones de autoconservación; Pulsiones del Yo. Así, pues, en la conceptualización freudiana, la Pulsión de Muerte aparece como un nuevo tipo de pulsión, que no tenía un puesto en las clasificaciones anteriores (así, por ejemplo, el sadismo y el masoquismo se explicaban por una compleja interacción de pulsiones de tendencia totalmente positiva).

Sin embargo, la exigencia dualista es, como se sabe, fundamental en el pensamiento freudiano; se pone de manifiesto en numerosos aspectos estructurales de la teoría y se traduce, por ejemplo, en la noción de pares antitéticos. Es particularmente imperiosa cuando se trata de las pulsiones, por cuanto éstos proporcionan, en último término, las fuerzas que se enfrentan en el conflicto psíquico.

¿Qué papel atribuye Freud a la noción de pulsión de muerte? Ante todo debe notarse que, según subraya el propio Freud, tal noción se basa fundamentalmente en consideraciones especulativas y que, por así decirlo, se le fue imponiendo progresivamente: «Al principio presenté estas concepciones con la única intención de ver a dónde conducían, pero, con los años, han adquirido tal poder sobre mí que ya no puedo pensar de otro modo». Al parecer fue sobre todo el valor teórico del concepto y su concordancia con una determinada concepción de la pulsión lo que hizo que Freud insistiera tanto en mantener la tesis de la pulsión de muerte, a pesar de las «resistencias» que encontró en los propios medios psicoanalíticos y la dificultad que plantea el intento de basarla en la experiencia concreta. En efecto, como subrayó Freud en repetidas ocasiones, los hechos muestran que, incluso en los casos en que la tendencia a la

destrucción de otro o de uno mismo es más manifiesta, en que la furia destructiva es más ciega, puede existir siempre una satisfacción libidinal, satisfacción sexual dirigida hacia el objeto o gozo narcisista. «Lo que encontramos siempre no es, por así decirlo, mociones pulsionales puras, sino asociaciones de dos pulsiones en proporciones variables». En este sentido, dice Freud, que la pulsión de muerte «se substrahe a la percepción cuando no va teñido de erotismo».

En síntesis en el siguiente trabajo intentamos reflexionar sobre la Pulsión de Muerte y el problema de la muerte en Freud. Para ese propósito hemos dividido el trabajo en dos capítulos, a saber: En el primero presento la noción de Pulsión y Pulsión de Muerte dentro de la teoría de las pulsiones freudiana. Analizo también las razones por las cuales la Pulsión se considera un concepto "puramente psicológico", en la medida en que nada tiene que ver con la con la extendida noción de "instinto" que esta más relacionada con lo biológico; y ver la importancia que esta distinción tiene para la investigación. En el segundo, expongo algunas reflexiones acerca de cómo y por qué el concepto de Pulsión de Muerte puede contribuir al estudio de algunos problemas de la vida humana tales como la génesis de la moral, la omnipresencia de la violencia y el sentimiento de "malestar en la cultura". Examinó también las razones por las cuales, la investigación de la cultura es indispensable para la consideración teórica de la Pulsión de Muerte. En otras palabras, trato de mostrar que hay un movimiento teórico en ambas direcciones: la civilización puede explicarse mejor con la ayuda de conceptos originados en la investigación psicoanalítica del individuo, pero llega el momento en que el estudio de la cultura se le impone al investigador, se le hace insoslayable, porque el individuo mismo es un producto cultural, y en sus conflictos psíquicos deja ver de modo inmediato la impronta de la colectividad. Discuto también las razones por las cuales, contrariamente a la opinión general, es la muerte y no el sexo el principal tabú o problema de la cultura. Termino la presentación con unas reflexiones finales en las que pretendo dos cosas: resumir el rendimiento teórico de la indagación y anotar algunos de los aportes de Freud en lo concerniente a la sexualidad.

Para la redacción del texto utilicé el término alemán "Trieb" como "Pulsión" y no como instinto que es el uso que comúnmente se le da. El término "Pulsión" apareció en Francia en 1625, derivado del latín *pulsio* para designar la acción de *empujar, impulsar*. Fue empleado por Sigmund Freud a partir de 1905, convirtiéndose en un concepto técnico principal de la doctrina psicoanalítica, como designación de la carga energética que está en la fuente de la actividad motriz del organismo y del funcionamiento psíquico del inconsciente del hombre.

La elección de la palabra "pulsión" para traducir el alemán *Trieb* respondió a la preocupación de evitar cualquier confusión con "instinto" y "tendencia". Esta opción se correspondía con la de Sigmund Freud, quien, a fin de señalar la especificidad del psiquismo humano, reservó *Instinkt* para las componentes animales. Tanto en alemán como en francés, los términos *Trieb* y *pulsión* respectivamente, remiten, por su etimología, a la idea de un empuje, independiente de la orientación y de la meta. En la traducción inglesa, lo que guió la elección por James Strachey de la palabra *instinct*, en lugar de *drive*, parece haber sido la fidelidad a la idea freudiana de una articulación del psicoanálisis con la biología.

La noción de pulsión (*Trieb*) estaba ya presente en las concepciones de la enfermedad mental y su tratamiento desarrolladas por los médicos de la psiquiatría alemana del siglo

XIX, preocupados, lo mismo que sus colegas ingleses y franceses, por la cuestión de la sexualidad. Autores como Karl Wilhelm Ideler (1795-1860) o Heinrich Wilhelm Neumann (1814-1884) insistieron en el papel central de las pulsiones sexuales; el segundo consideraba la angustia como producto de la insatisfacción de las pulsiones.

Se sabe por otra parte que Friedrich Nietzsche (1844-1900) concebía el espíritu humano como un sistema de pulsiones que podían entrar en colisión o fundirse unas con otras, y que también él le atribuía un rol esencial a los instintos sexuales, distinguidos de los instintos agresivos y de autodestrucción.

Freud nunca hizo un misterio de estos antecedentes. En su autobiografía de 1925 se refirió a Nietzsche, confesando que lo había leído muy tarde por temor a sufrir su influencia. Sea que se trate de su aparición, de su importancia o de las revisiones de las que sería objeto, el concepto de la pulsión está estrechamente ligado a los de libido y narcisismo, así como a sus transformaciones; estos conceptos constituyen tres grandes ejes de la teoría freudiana de la sexualidad.

CAPÍTULO PRIMERO

“Aproximaciones Teóricas al concepto de Pulsión y Pulsión de Muerte en Freud”

Antes de exponer en qué consiste la noción de pulsión de muerte en Freud, es preciso mencionar en qué contexto se desarrolló su pensamiento, y que posibles influencias ejercieron otros pensadores sobre él.

En ese orden, cabe decir, que la obra de Freud recibió influencias del positivismo<sup>1</sup>, pues es evidente que a pesar de que su teoría se ha construido sobre la base de especulaciones y representaciones muchas de ellas tomadas de la literatura, su propósito final era hacer del psicoanálisis una ciencia. Por ello, el que apelara a la mitología y a construcciones imaginaria en muchas de sus explicaciones, no significaba que su teoría no se fundara en elementos que se pudieran constatar empíricamente, tal como se corrobora en la terapia y en las diversas explicaciones que realiza de los comportamientos patológicos de los hombres, como la neurosis y la histeria.<sup>2</sup>

Así mismo, aplicó los saberes adquiridos en sus estudios de medicina, en particular el conocimiento de la Neurofisiología, a los estudios de la neurosis, la histeria y otros estados patológicos. De igual forma, en la explicación de la génesis de la civilización (filogénesis) y la forma cómo se estructuraba la psique en el individuo, adoptó elementos propios de la teoría de la evolución. Esto se constata en diversas referencias en sus escritos al pensamiento de Darwin.

Por otra parte, aunque Freud sostuvo que no había leído a Nietzsche para evitar cualquier influencia sobre su pensamiento, resulta por lo menos sospechoso que se preocupe por hacer tal aclaración. En realidad se puede constatar la continuidad que existe entre lo que expone Nietzsche en una obra como la Genealogía de la moral y lo desarrollado posteriormente por Freud en un texto como El Malestar en la cultura, ya que en ambos textos podemos encontrar una noción antropológica, que niega cualquier idea de una naturaleza humana buena y noble. A ese respecto, habría que decir que Nietzsche, había anticipado elementos instintivos y pulsionales en el hombre, entre ellos instintos agresivos, deseos de venganzas, fuerzas, voluntades, que la tradición judeo-cristiana, y en especial, una casta sacerdotal había intentado, con cierto éxito, apaciguar y dominar a través de la historia de cultura. Así mismo, al igual que Freud, Nietzsche había sostenido en su momento que el hombre no era un ser por naturaleza racional, y constituido de consciencia (como lo había pensado la tradición de la filosofía moderna desde Descartes), más bien encontró elementos inconscientes, irracionales y congénitos, a pesar de que no haya formulado de manera sistemática como lo hizo Freud una teoría del inconsciente.<sup>3</sup>

En cuanto a los antecedentes históricos que pudieron ejercer una influencia importante en Freud para plantear la Pulsión de Muerte podría mencionarse, como lo hace Paul

<sup>1</sup> HESNARD, A. La Obra de Freud y su importancia para el mundo moderno, Fondo de Cultura Económica. México, 1960.  
<sup>2</sup> Por ejemplo en trabajos como “Mas allá del principio del placer”, o en “Análisis profano”  
<sup>3</sup> A este respecto es importante la lectura que realiza Richard Bernstein sobre los puntos en común que existen entre Nietzsche y Freud, a propósito del problema del mal. BERNSTEIN Richard. El mal radical. Barcelona, Llibmod, 2005.

Bercherie en su libro; "Génesis de los conceptos freudianos"<sup>4</sup>, la masacre de 1914-1918 de la que Freud fue testigo, plasmando sus inquietudes en el texto "De Guerra y Muerte. Temas de Actualidad" (1915).

En dicho escrito, Freud plasma su malestar con relación a los enfrentamientos violentos y las muertes provocadas en tales hechos. Freud escribe:

"¿Por qué los individuos-pueblos en vigor se menosprecian, se odian, se aborrecen y aún en las épocas de paz, y cada nación a todas las otras? Es bastante enigmático. Ya no sé decirlo."<sup>5</sup>

Según Freud, el Psicoanálisis no contaba en ese momento con elementos teóricos que le permitieran explicar tales comportamientos agresivos de los pueblos, observables incluso en tiempos de "paz". En efecto, en esta época Freud no había formulado de manera explícita una pulsión de agresión, tampoco había desarrollado una noción como la del *narcisismo de las pequeñas diferencias*, que servirá para explicar incluso, comportamientos patológicos colectivos como la xenofobia, inmersa dentro de los grupos que invocan ideas de tipo nacionalista.

Por otra parte, luego de haber señalado algunas de las influencias en el pensamiento de Freud, me dispongo a presentar la noción de Pulsión de Muerte en Freud.

Esta noción fue incorporada en su teoría, después de que Freud admitiera la gran dificultad que existía para poder explicar tal pulsión en el hombre, Freud afirma que: "La doctrina de la pulsión es nuestra mitología, por así decirlo. Las pulsiones son seres míticos, grandioso en su indeterminación. En nuestro trabajo no podemos prescindir ni un instante de ellas y sin embargo nunca estamos seguros de verlas con claridad"<sup>6</sup>

Es tanta la dificultad en la explicación de la pulsión de muerte, que incluso, fue este el asunto que a la postre más distanció a los propios psicoanalistas.<sup>7</sup>

Pero ¿qué entiende Freud por pulsión? En el texto del Manuscrito K, escrito en 1896 nos da algunos elementos más para dilucidar lo que entiende Freud por este concepto. Freud afirma:

"No creo que el desprendimiento de displacer a raíz de vivencias sexuales subsiga a la injerencia casual de ciertos factores de displacer. La experiencia cotidiana enseña que con un nivel de libido suficientemente alto, no se siente asco y la moral es superada, y Yo creo que la génesis de vergüenza se enlaza con la vivencia sexual mediante un nexo más que existir una fuente independiente de desprendimiento de displacer: presente ella, puede dar vida a las percepciones de asco, prestan fuerza a la moral, etc. (...)"<sup>8</sup>

<sup>4</sup> BERCHERIE, Paul. "Génesis de los Conceptos Freudianos". Paidós, México, 1989.

<sup>5</sup> FREUD, Sigmund. "De Guerra y Muerte. Temas de Actualidad", Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.14, p.289.

<sup>6</sup> FREUD, Sigmund. "Angustia y Vida Pulsional", Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.22, p. 88.

<sup>7</sup> De hecho la noción de pulsión de muerte fue lo que distanció a Erich Fromm de la escuela de Frankfurt, este último fue considerado por la escuela, como un revisionista junto a pensadores como Karen Horney, del psicoanálisis freudiano.

<sup>8</sup> FREUD, Sigmund. "Manuscritos K" en: Las Cartas a Eliess, Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.1, p. 262.

Ya en este momento en Freud estaba la idea de que detrás de toda sensación de displacer estaría en el individuo una fuente originaria de donde surgían estímulos internos, que ocasionaban un desequilibrio en la homeostasis<sup>9</sup> de éste.

En esta época, Freud no hablaba todavía de instintos ni de pulsiones, pero implícitamente ya se estaba refiriendo a impulsos sexuales y de autoconservación. En sus estudios sobre las "Psiconeurosis de defensa" (1894)<sup>10</sup>, mostraba como un trastorno presente en la vida sexual, originaba una tensión somática por la ausencia de descarga. Entonces, la psiconeurosis existía por un acontecimiento traumático de la infancia (seducción sexual) que produjo una excitación sexual imposible de descargar. Como consecuencia de esto, en los "psiconeuróticos" aparecían ideas incompatibles (de carácter sexual) que no eran aceptadas por el Yo, por lo que eran separada de sus afectos y reprimidas. Los síntomas son, entonces, el producto de un compromiso entre el Yo y las ideas, en donde las últimas deben sucumbir para tratar de mantener el equilibrio homeostático del primero. Esto quiere decir, reduciendo la tensión a su máxima expresión (tendiente a cero).

A partir de 1900, Freud comenzó a no considerar tan importantes los hechos externos, como a los propios impulsos sexuales, los estudios sobre los procesos oníricos, las experiencias que anunciaban la existencia de una sexualidad infantil, así como el análisis del complejo de Edipo, dio como resultado una reelaboración de lo planteado hasta ese momento a nivel teórico. Esta parece ser una de las características predominante en los trabajos de Freud, esto es, el retornar, revisar, ampliar y corregir ideas que ha desarrollado en ensayos anteriores, esto significa que el psicoanálisis freudiano no se nos da como una teoría acabada, sino que se plantea siempre como una teoría en proceso de elaboración.

Por otro lado, en su obra "Tres ensayos de teoría sexual" (1905), afirma que los niños pueden llegar a ser perversos por influencia de la seducción, la cual no es lo suficientemente resistida, debido a que apenas se encuentran en formación las barreras mentales. Esto introduce una visión más amplia de la sexualidad, debido a que está ya no se reduce a la genitalidad<sup>11</sup> como se había concebido en su época, sino que se inicia mucho antes con la infancia, donde ya se encuentran dichas pulsiones, recuperando así

<sup>9</sup> ¿Cuál es el móvil último de la defensa del yo? ¿Por qué percibe éste como displacer una determinada moción pulsional? Esta pregunta, fundamental en psicoanálisis, puede encontrar diversas respuestas, que, por lo demás, no se excluyen necesariamente entre sí. Con frecuencia se admite una primera distinción referente al origen último del peligro inmanente a la satisfacción pulsional: puede considerarse la propia pulsión como peligrosa para el yo, como una agresión interna; también puede adscribirse, en último análisis, todo peligro a la relación del individuo con el mundo exterior, entonces la pulsión es peligrosa por los daños reales a que podría conducir su satisfacción. Así, la tesis admitida por Freud en *Inhibición, síntoma y angustia (Hemmung, Symptom und Angst, 1926)*, y sobre todo su reinterpretación de la fobia, le lleva a conceder un papel primordial a «la angustia ante un peligro real» (*Real angst*) y, en último término, a considerar como derivada de ésta la angustia neurótica o angustia ante la pulsión. Si abordamos el mismo problema desde el punto de vista de la concepción del yo, las soluciones variarán evidentemente según se haga recaer el acento en su función de agente de la realidad y representante del principio de realidad, o se insista en su «compulsión a la síntesis», o se le describa, ante todo, como una forma, especie de duplicado intrasubjetivo del organismo, regulado, como éste, por un principio de homeostasis, es decir, de un equilibrio dinámico del cuerpo vivo.

<sup>10</sup> FREUD, Sigmund. "Las Neuropsicosis de Defensa", Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.3.

<sup>11</sup> Si tenemos en cuenta las etapas que Freud atribuye a la sexualidad infantil, tales como la etapa anal, oral y fálica.



la sexualidad en los niños<sup>12</sup>. Aquí se observa como Freud le da primacía a la Pulsión sexual más que al hecho físico, real. En este mismo trabajo entiende por Pulsión:

“La agencia representante (Repräsentanz) psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir, ello a diferencia de los <<estímulos>, que son producidos por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así <<Pulsión>> es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal”<sup>13</sup>

Es de notar entonces, que la Pulsión es uno de los conceptos límites entre lo psíquico y lo físico, y que Freud utilizó el término tanto para el impulso físico que creaba la tensión interior como para su representación. Con el transcurrir del tiempo hace la distinción entre la Pulsión y su representante psíquico, afirmando que una Pulsión no puede ser objeto de la conciencia y que sólo puede serlo la idea de lo representado. Es por esto, que una Pulsión en “abstracto”, no podría ser conocida. Tiene que ser representada para aprehenderla, para acceder a lo psíquico. La pulsión posee entonces, una naturaleza no definida, tal como se planteaba anteriormente. No es un estímulo, ni una representación psíquica de éste, porque ella debe ser representada. Esta indefinición muestra su carácter fronterizo entre lo físico y lo anímico, lugar que no es dispónible hallar en la realidad tangible.

Por otro lado, Freud contrapone las pulsiones sexuales a las necesidades o funciones de importancia vital del Yo, mostrando como las primeras se apoyaban en las segundas, en la búsqueda de objeto (o medio para lograr placer), y luego se separaban especialmente en el autoerotismo (cuando el objeto es el propio cuerpo). La Pulsión no tiene un objeto definido, es inestable y varía de acuerdo a cada sujeto.

“La experiencia recogida con los casos considerados anormales nos enseña que entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una soldadura, que corramos el riesgo de no ver la causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la Pulsión parece traer consigo al objeto. Ello nos prescribe

<sup>12</sup> Freud ha sido el primero en descubrir una vida sexual en el niño. Un prejuicio muy extendido, en efecto, era el que suponía que la sexualidad no aparece con el desarrollo de los órganos sexuales sino hasta la época de la madurez sexual, es decir, hasta la pubertad.

Ahora bien, Freud insistía, desde el comienzo de su experiencia, en que ciertas personas no experimentan atracción sexual más que por las personas de su mismo sexo. Que hay, en algunos, un placer sexual que no emana de las zonas genitales y los conduce a descuidar su uso (perversión). Que, en fin, ciertos niños se interesan demasiado en sus órganos genitales y presentan una excitación evidente en este aspecto,<sup>12</sup> Entonces se dedicó a precisar tres resultados de sus observaciones:

- 1) La sexualidad se manifiesta tempranamente desde el nacimiento, aunque en forma muy diferente de la sexualidad del adulto: es en gran parte difusa, es decir, que interesa al conjunto del organismo.
- 2) Es necesario distinguir lo *sexual*, noción general que supera en mucho a la actividad relacionada con los órganos genitales, de lo *genital* que traduce esta actividad.<sup>12</sup>
- 3) En fin, si la vida sexual comprende la función que permite obtener el placer a partir de las diversas zonas del cuerpo, y si, posteriormente, está puesta al servicio de la reproducción, las dos funciones no siempre coinciden totalmente.

Los fenómenos sexuales de la primera infancia (fijación del niño a una persona, celos, etc.) que anuncian los de la vida amorosa del adulto, evolucionan regularmente y se intensifican hasta llegar al fin del 5º año. Después hay, hasta la pubertad, un *período de latencia*: hay entonces una detención de la evolución, amnesia y con frecuencia regresión a las fases anteriores. Con todo lo anterior mencionado, ha escrito Freud, el *alboroto* que suscita el descubrimiento de esos hechos desconocidos. El psicoanálisis, al ponerlos en relieve, encontraba en las ideas populares una violenta oposición (Esquema del psicoanálisis, Freud, A. Berman).

<sup>13</sup> FREUD, Sigmund. “Tres Ensayos de Teoría Sexual”, Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.7, p. 153.

qué debemos aflojar en nuestra concepción, los lazos entre Pulsión y objeto. Probablemente, la Pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de éste<sup>14</sup>.

Algo que es importante destacar y tener presente para una buena comprensión del concepto de Pulsión en Freud, es diferenciar la noción de "Pulsión" de la noción de "Instinto", ya que este último se encuentra más del lado de lo biológico que de lo psíquico. En el instinto el organismo se caracteriza porque responde automáticamente ante un objeto determinado y prefijado, el cual es externo y se halla expresado en el esquema fisiológico del reflejo. En otras palabras, los estímulos exteriores influyen directamente en el instinto, y la huida a estos permite su liberación. "Los estímulos exteriores, plantean una única tarea, la de sustraerse de ellos, y esto acontece mediante movimientos musculares de los que por último uno alcanza la meta y después, por ser el adecuado al fin, se convierte en disposición heredada"<sup>15</sup>

La Pulsión por su parte, no permite la huida, ya que su origen se encuentra en el interior del individuo. Requiere de un sistema nervioso más elaborado y por su manera de actuar, permite la transformación del mundo exterior de acuerdo a la búsqueda de satisfacción interior. "Los estímulos pulsionales que se generan en el interior de el organismo (...) plantean exigencias mucho más elevadas al sistema nervioso y lo mueven a actividades complejas, encarnadas entre sí, que no modifican el mundo exterior lo suficiente para que satisfaga a la fuente interior de estímulos"<sup>16</sup>

De otro lado, la Pulsión a diferencia de la necesidad, no puede nunca satisfacerse totalmente. La satisfacción de una necesidad se logra mediante la transformación de las condiciones que hacen que se genere el estímulo que la provoca. Los estímulos externos pueden satisfacerse a través de la supresión de la situación displacentera que crean. En cuanto a la Pulsión, es diferente: "Esta sólo puede alcanzarse mediante una modificación apropiada a la meta (adecuada), de la fuente interior de estímulo"<sup>17</sup>

Hacia 1914, Freud pensaba que las pulsiones podrían encontrarse relacionadas con una amplia gama de comportamientos. De allí que se pudiera entonces hablar de Pulsión de destrucción, de sociabilidad o de juego. Sin embargo,

<sup>14</sup>no deberá perderse de vista la posibilidad de que estos de Pulsión, tan especializados, sean susceptibles de una mayor descomposición en lo que a las fuentes de la Pulsión se refiere, resultando así que sólo las pulsiones primitivas e irreductibles podrían aspirar a una significación<sup>18</sup>

Lo anterior plantea la posibilidad de que estas pulsiones pudieran a su vez diferenciarse de acuerdo al lugar de procedencia. Pero Freud, buscando clarificar este aspecto, destaca la oposición innegable entre pulsiones que sitúan a la sexualidad y al placer que generan, por un lado, y los que tienden a la autoconservación del individuo -las pulsiones del Yo- por el otro.

Dichas diferencias se observa planteadas tiempo después en las "Nuevas Conferencias Introductorias al Psicoanálisis" (1933), en la 32ª Conferencia llamada: "Angustia y Vida Pulsional", texto sintético realizado por Freud y que permite hacer un recorrido por la

<sup>14</sup> Ibid., p. 134.

<sup>15</sup> FREUD, Sigmund. "Pulsiones y Destinos de Pulsión", Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.14, p. 116.

<sup>16</sup> Ibidem.

<sup>17</sup> Ibid., p. 114.

<sup>18</sup> Ibid., p. 117.

historia del Psicoanálisis, lo que demuestra una vez más que el autor mismo tuvo siempre en cuenta los desarrollos anteriores de la teoría:

"(...) se introdujeron en el Psicoanálisis las <<pulsiones Yoicas>> y las <<pulsiones sexuales>>. Entre las primeras incluimos todo lo que tiene que ver con la conservación, la afirmación, el engrandecimiento de la persona. A las segundas debimos conferirles la riqueza que exigían la vida sexual infantil y la perversa. Puesto que a raíz de la indagación de las neurosis llegamos a conocer al Yo como el poder limitante, represor, y a las aspiraciones sexuales como lo limitado, reprimido, creímos tocar con la mano no sólo la diversidad, sino el conflicto entre ambos grupos de pulsiones"<sup>19</sup>

De acuerdo con lo anterior, en ese momento Freud consideraba que existía un conflicto entre los impulsos de autoconservación y los impulsos sexuales, cuya energía se denomina libido. Es necesario aclarar que Freud, cuando habla de sexualidad se está refiriendo no solamente a las relaciones sexuales genitales con fines reproductivos sino también a toda fuerza vital que posee el individuo, a sus relaciones tanto con las personas del mismo sexo, como del sexo opuesto, al niño en el sentido que posee desde su nacimiento un cuerpo erogenizado que atraviesa por un proceso de desarrollo psicosexual, que se ha denominado "inocencia," que no es otra cosa que mezcla de ingenuidad con actitudes que reflejan ciertos rasgos de perversión. De allí que en la sexualidad no se busque simplemente la conservación ni la afirmación del individuo, mientras que en la autoconservación del sujeto si se buscan los anteriores como fines para la supervivencia no sólo de él mismo, sino también de la especie. Al respecto, Freud afirma lo siguiente: "(...) existe un conflicto entre las aspiraciones de la sexualidad y las del Yo. (...) No hemos hallado ningún argumento desfavorable a la oposición de pulsiones del Yo y pulsiones sexuales."<sup>20</sup>

La Biología, según el autor, presenta a la sexualidad como no igualable a las demás funciones del individuo, pues sus intereses no se quedan simplemente en él sino que lo trascienden al aspirar a la conservación de la especie. Además, las pulsiones sexuales son muy numerosas, proceden de diversas fuentes orgánicas, actúan al principio independientemente unas de otras, y sólo posteriormente quedan reunidas en una síntesis casi perfecta. El fin que cada una de ellas pretende alcanzar es el placer orgánico, para después entrar al servicio de la procreación. Esta última frase permite observar como Freud se percata que finalidad que tiene los hombres con la sexualidad<sup>21</sup>

<sup>19</sup> FREUD, Sigmund. "Angustia y Vida Pulsional", Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.22, p. 89.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p.139.

<sup>21</sup> Sexualidad (*Alemán: Sexualität*). La noción de sexualidad tiene una importancia tal en la doctrina psicoanalítica, que ha podido decirse legítimamente que todo el edificio freudiano se basa en ella. En consecuencia, la idea recibida de que los psicoanalistas le atribuyen una significación sexual a todo acto de la vida, a todo gesto, a toda palabra, ha llevado a los adversarios de Sigmund Freud a considerar su doctrina como expresión de un pansexualismo. En realidad, las cosas no son tan simples. A todos los científicos de fines del siglo XIX les preocupó la cuestión de la sexualidad, en la cual veían una determinación fundamental de la actividad humana. Consideraban la sexualidad una evidencia, y el factor sexual, la causa primera de la génesis de los síntomas neuróticos. De allí la creación de la sexología como ciencia biológica y natural del comportamiento sexual.

Impregnado por los mismos interrogantes que sus contemporáneos, Freud fue no obstante el único de ellos que no sólo reflejó la evidencia del fenómeno sexual, sino que también creó una nueva conceptualización capaz de traducir, nombrar, incluso construir esa evidencia. De tal modo realizó una verdadera ruptura teórica (o epistemológica) con la sexología, al ampliar la noción de sexualidad a una disposición psíquica universal, extirpándola de su fundamento biológico, anatómico y genital, para hacer de ella la esencia misma de la actividad humana. En la doctrina freudiana es menos importante la sexualidad en sí que el conjunto conceptual que permite representarla: la pulsión, la libido, el apuntalamiento, la bisexualidad.

no se reduce exclusivamente a la reproducción, sino también y sobre todo a través de ella las personas intentan obtener placer y disminuir la tensión producida la necesidad de satisfacción. En ensayos posteriores, Freud postulara la existencia de una Pulsión tanática, y con ella identificara los deseos que tienen los hombres de otra forma de satisfacción.

Por lo demás, hay que anotar, las pulsiones sexuales tienen como cualidad la de cambiar indefinidamente de objeto, y el poder ser reemplazadas también unas pulsiones por otras, debido a su numerosidad. Con respecto a las pulsiones Yoicas, éstas tienden a la conservación del sujeto y a su afirmación, y de acuerdo a lo dicho con anterioridad, ejercen una función represora. Estas pulsiones, se hallan muy cercanas a la conciencia, son susceptibles de modificarse y poseen una energía llamada interés.

Freud plantea, siguiendo postulaciones de orden biológico, que existen dos concepciones de la relación entre el Yo y la sexualidad: una para la cual lo primordial es el individuo, la sexualidad una de sus actividades y la satisfacción sexual una de sus necesidades; y otra que considera "al individuo como un accesorio temporal y pasajero del plasma germinativo casi inmortal, que le fue confiado por la generación."<sup>22</sup>

Otro aspecto importante dentro de la teoría de las pulsiones, es la noción de narcisismo<sup>23</sup>, que se postula como producto de la práctica y del estudio de la

Esta nueva conceptualización fue elaborada a partir de una experiencia clínica basada en la escucha del sujeto.

<sup>22</sup> Ibidem.

<sup>23</sup> Narcisismo (*Alemán: Narzissmus.*). Término empleado por primera vez en 1887 por el psicólogo francés Alfred Binet (1857-1911) para designar una forma de fetichismo que consiste en tomar la propia persona como objeto sexual. La palabra fue utilizada en 1898 por Havelock Ellis para designar un comportamiento perverso relacionado con el mito de Narciso. En la tradición griega, se llamaba narcisismo al amor a sí mismo. La leyenda y el personaje de Narciso se hicieron célebres gracias al libro tercero de las *Metamorfosis* de Ovidio.

Hasta fines del siglo XIX la palabra fue utilizada por los sexólogos para designar de manera selectiva una perversión sexual caracterizada por el amor que un sujeto se dirige a sí mismo. En 1908, Isidor Sadger habló de narcisismo a propósito del amor a sí mismo como modalidad de elección de objeto en los homosexuales. De tal modo se distinguió de Havelock Ellis, al considerar que el narcisismo no era una perversión, sino un estado normal de la evolución psicosexual en el ser humano.

El término narcisismo apareció por primera vez en la pluma de Freud en una nota añadida en 1910 a los *Tres ensayos de teoría sexual*. Hablando de los "invertidos", y por lo tanto sin utilizar aún la palabra homosexual, Freud escribe que ellos "se toman a sí mismos como objetos sexuales" y que, "partiendo del narcisismo, buscan a hombres jóvenes semejantes a su propia persona, a quienes quieren amar como sus madres los amaron a ellos mismos--".

En 1910, en su ensayo *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, y en 1911, en el estudio sobre el caso Schreber, Freud, a semejanza de Sadger, considera que el narcisismo es un estudio normal de la evolución sexual.

En 1914, en "Introducción del narcisismo", el término adquirió el valor de concepto técnico. Como fenómeno libidinal, el narcisismo ocupó entonces un lugar esencial en la teoría del desarrollo sexual del ser humano. La elaboración de ese texto se basó en el estudio de las psicosis, y principalmente en el aporte de Karl Abraham. Aunque sin utilizar la palabra, el berlinés, en un texto de 1908 acerca de la demencia precoz, había descrito el proceso de desinvestidura del objeto y el repliegue de la libido en el sujeto: "El enfermo mental consagra a sí mismo, como único objeto sexual, toda la libido que el hombre normal vuelca en el entorno vivo o animado. La sobrestimación sexual sólo le concierne a él" Freud adoptaría esta definición de la psicosis en la vigésimo sexta de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*.

En el texto de 1914, la observación del delirio de grandeza en el psicótico llevó a Freud a definir el narcisismo como la actitud resultante de la reconducción sobre el yo del sujeto de las investiduras libidinales antes dirigidas a objetos del mundo externo. Freud señaló entonces que ese movimiento de

homosexualidad y la paranoia de manera rigurosa. El narcisismo es un retorno de la libido al Yo. Con el descubrimiento de éste es posible establecer una conexión entre pulsiones sexuales y del Yo, pues, en el narcisismo se unifica las pulsiones sexuales con el propio cuerpo. Se presenta una catexia original del Yo que sólo más tarde se dirige a los objetos. Se observa aquí una dicotomía en términos de la dirección de la Pulsión, la cual parte del mismo cuerpo, y una misma energía, la libido, tanto en los objetos como en sí mismo. Este período es uno de los pocos en que trata Freud de establecer una teoría única (al postular una energía única), aunque diferencia una libido narcisista y otra objetual, consecuencia inevitable de la anterior hipótesis que distinguía entre pulsiones sexuales y pulsiones del Yo.

Así pues, se encuentra una libido narcisista que se centra en el propio Yo, y una libido objetual, que se distribuye en los objetos del mundo externo y en la representaciones internas de los objetos.

La libido sería en su origen una y pasaría de estar concentrada totalmente en el propio sujeto, en una etapa de narcisismo primario, en donde el Yo se da al Ello como objeto de amor, a dirigirse paulatinamente a los objetos para ser cargados (caracterizarlos, recubrirlos de energía). Se presenta entonces, un antagonismo entre el desarrollo libidinal del Yo y el de los objetos, pues según Freud, existe una fase inicial sin objetos: anobjetual. Esta oposición es deducción lógica de lo planteado anteriormente, en términos de conflicto entre pulsiones sexuales y Yoicas.

Como casos extremos de la relación de la libido con los objetos, se tiene el enamoramiento, en el que toda la energía libidinal es proyectada en el objeto y la esquizofrenia, en la cual la libido se centra en el Yo, retirándola de los objetos y de las representaciones de éstos.

El narcisismo es entonces, un concepto que remite a la evolución misma del individuo y que se encuentra en primera instancia caracterizando tanto al cuerpo como a las representaciones de los objetos internos para luego cumplir la función de desplazar la energía hacia el exterior (narcisismo secundario). El monto de energía depositado en el Yo es necesario e indispensable aún cuando se acceda a los objetos externos. En este sentido se relaciona con la Pulsión, que no posee un único objeto para satisfacer, sino que es representada.

De acuerdo a lo anterior, es necesario también aclarar en qué consiste la vuelta hacia la propia persona (narcisismo primario). Para explicar este punto, Freud hace alusión a la concepción de masoquismo, como un sadismo dirigido al propio Yo, y de exhibicionismo (narcisismo secundario), como la contemplación de sí mismo. Esto indica que lo esencial del proceso es el cambio de objeto, con permanencia del mismo fin. Se puede observar que, por una parte, existe una transformación en lo contrario (desde la actividad a la pasividad) y por otro, una orientación contra la propia persona.

---

repliegue sólo podía producirse en un segundo momento, precedido de una investidura de los objetos exteriores por una libido procedente del yo. Se podía entonces hablar de un narcisismo primario, infantil, confirmado por la observación de los niños, y también de los "pueblos primitivos", caracterizados en ambos casos por su creencia en la magia de las palabras y en la omnipotencia del pensamiento. El narcisismo primario tendría que ver con el niño y con la elección que él realiza de su persona como objeto de amor, etapa anterior a la plena capacidad para volverse hacia objetos externos.

Esto hace pensar en un proceso determinado que, en el sadismo-masoquismo, sería, citando a Freud, de la siguiente forma:

- a. El sadismo consiste en la violencia ejercida contra una persona como objeto.
- b. Este objeto es abandonado y sustituido por la propia persona. Con la orientación contra la propia persona queda realizada también la transformación del fin activo de la Pulsión en un fin pasivo.
- c. Es buscada nuevamente como objeto una tercera persona, que a consecuencia de la transformación del fin tiene que encargarse del papel del sujeto.<sup>24</sup>  
(Entiéndase como masoquismo)

El proceso anterior muestra como, en un primer momento, la Pulsión se dirige hacia un determinado objeto (una persona externa al sujeto, por ejemplo), luego, en un segundo momento, se instala en el sujeto mismo, lugar de la neurosis obsesiva, donde el individuo, al no alcanzar el fin pasivo de la Pulsión, "opta" por el autotormento y el autocastigo (la rumiación de ideas, los actos compulsivos, etc.). Finalmente, en un tercer momento, el sujeto encuentra el fin pasivo de la Pulsión, en nuestro caso, el masoquismo, apareciendo de nuevo un tercero que realiza el papel antes ocupado por el individuo en cuestión, es decir, el papel activo: el sadismo.

El narcisismo (secundario) sería en cierto modo el resultado de esta operación, en la que el sujeto inviste un objeto exterior a él (un objeto que no puede confundirse con la identidad subjetiva), pero a pesar de todo, un objeto que se supone es él mismo, ya que es su propio yo, un objeto que es la imagen por «la que se toma», con todo lo que este proceso incluye de engaño, de ceguera y de alienación. Se comprende entonces que el ideal (del yo) se edifica a partir de este deseo y de este engaño. Pues no hay que olvidar que el término narcisismo, para Freud, remite al mito de Narciso, es decir, a una historia de amor en la que el sujeto termina por conjugarse tan bien consigo mismo que, por encontrarse demasiado consigo, encuentra la *muerte*. Ese es por cierto el destino narcisista del sujeto, ya sea que lo sepa o que se engañe: al enamorarse de otro que cree que es él mismo, o al apasionarse por alguien sin darse cuenta de que se trata de sí mismo, pierde en todas las ocasiones, y sobre todo se pierde. Vemos entonces que hay una relación entre la Pulsión de Muerte y el narcisismo.

¿Por qué la vida anímica se vé forzada a traspasar las fronteras del narcisismo, e investir de libido objetos exteriores? La respuesta que es posible deducir con respecto a lo planteado sobre la enfermedad, sería la que dicha necesidad surge cuando la carga libidinosa del Yo sobrepasa cierta medida. "Un intenso egoísmo protege contra la enfermedad; pero, al fin y al cabo, hemos de comenzar a amar para no enfermarnos y enfermamos en cuanto una frustración nos impide amar"<sup>25</sup>

El valor de los conceptos de libido del Yo y libido objetal reside en que ambos provienen de la investigación de los caracteres íntimos de los procesos neuróticos y psicóticos, del mismo modo, la división de la libido propia del Yo y otra que enviste los objetos es la prolongación, como consecuencia lógica, de la primera hipótesis en donde se dividían las pulsiones, en pulsiones de Yo y pulsiones sexuales, que buscaban reflejar

---

<sup>24</sup> Ibid., p.123.  
<sup>25</sup> Ibid., p.83.

la doble función del individuo, como fin en sí mismo y como eslabón de un encadenamiento al cual sirve independientemente de su voluntad, sino contra ella.

Es por lo anterior, que resulta importante depositar el amor en un objeto externo al Yo, aunque se produzcan frustraciones y molestias al perder algo de narcisismo.

Por otro lado, en el texto Más allá del Principio de Placer (1920), se da un cambio en la concepción de la teoría pulsional, debido a que aparece la Pulsión de Muerte de manera explícita; la cual permite realizar una lectura resignificativa a la teoría de las pulsiones. Al respecto Freud señala:

"Veinticinco años de trabajo intenso han hecho que las metas inmediatas de la técnica psicoanalítica sean hoy por entero diversas que al empezar."<sup>26</sup>

Partiendo del cambio, Freud va a relacionar el principio de placer con el de constancia y este, a su vez, con el de la tendencia a la estabilidad de Fechner. Freud nos habla de lo anterior de la siguiente forma:

"El principio de Placer se deriva del principio de constancia, el cual en realidad, fue deducido de los mismos hechos que nos obligaron a la aceptación del primero. Profundizando en la materia, hallaremos que esta tendencia, por nosotros supuesta, del aparato anímico cae, como un caso especial, dentro del principio de Fechner, de la tendencia a la estabilidad, con el cual ha relacionado este investigador las sensaciones de placer y displacer"<sup>27</sup>

Freud afirma, en este mismo texto, que es inexacto hablar de un dominio del Principio de Placer sobre los procesos psíquicos, pues la gran mayoría de éstos tendrían que acompañarse de él o conducir a él, lo cual la realidad del análisis, no confirma. El autor hace manifiesto el hecho de que el tratamiento psicoanalítico debería, al hacer consciente lo inconsciente, proporcionar placer al paciente, poder liberar su libido. Existe sí, realmente, una fuerte tendencia al placer, pero a ésta se oponen otras fuerzas o estados determinados como son el desengaño edípico, y el dolor por la terminación del amor de la infancia. El fin, que es la obtención del placer, no es alcanzable sino en parte.

Hay situaciones displacenteras que se observan, por ejemplo, en las neurosis de guerra o en ciertos juegos infantiles, en los que el niño al jugar con sus objetos "revive" situaciones displacenteras colocándose en posición activa, al reproducir escenas de sufrimiento que había vivido pasivamente. Al respecto, Freud considera, que existe un tentativo "impulso de dominio" sobre la situación traumática. La repetición se enlaza a una búsqueda de placer de distinto género. Con esta afirmación, nos introducimos directamente a la postulación de la Pulsión de Muerte (Tánatos), en ella la compulsión de repetición sería una tendencia al regreso de los inorgánico; en la Pulsión de Vida (Eros), sería la tendencia a proseguir el desarrollo de la vida.

Resumamos primeramente las tesis de Freud referentes a la Pulsión de Muerte. Esta representa la tendencia fundamental de todo ser vivo a volver al estado inorgánico. En este sentido, «Si admitimos que el ser vivo apareció después que lo no-vivo y a partir de esto, la pulsión de muerte concuerda con la fórmula, según la cual una pulsión tiende al retorno a un estado anterior». Desde este punto de vista, «todo ser vivo muere necesariamente por causas internas». En los seres pluricelulares, « la libido sale al

<sup>26</sup> FREUD, Sigmund, "Más allá del Principio de Placer", Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.18, p. 18.

<sup>27</sup> Ibidem.

encuentro de la pulsión de muerte o de destrucción que domina en ellos y que tiende a desintegrar este organismo celular y a conducir cada organismo elemental (cada célula) al estado de estabilidad inorgánica. Su misión consiste en volver inofensiva esta pulsión destructora, y se libera de ella dirigiendo parte de esta energía agresiva hacia el exterior, contra los objetos del mundo exterior, lo cual se hace pronto con la ayuda de un sistema orgánico particular, la musculatura. Esta pulsión se denomina entonces pulsión destructiva, pulsión de apoderamiento. Parte de esta pulsión se pone directamente al servicio de la función sexual, donde desempeña un papel importante. Se trata del sadismo propiamente dicho. Otra parte no sigue este desplazamiento hacia el exterior; persiste en el organismo, donde se halla ligado libidinalmente. En ella debemos reconocer el masoquismo primario, erógeno».

¿Cuáles son los motivos que indujeron a Freud a establecer la existencia de una pulsión de muerte?

- La consideración en diversos registros, de los fenómenos de repetición (Compulsión a la repetición), que difícilmente pueden reducirse a la búsqueda de una satisfacción libidinal o a una simple tentativa de dominar las experiencias displacenteras; le permiten hallar rasgos de lo «demoníaco», de una fuerza irrepresible, independiente del principio de placer y capaz de oponerse a éste. Partiendo de este concepto, Freud va a llegar a la idea de un carácter regresivo de la pulsión.

Por otro lado, hay que anotar, que en un comienzo Freud consideraba, que era imposible deducir de las pulsiones sexuales, sentimientos humanos como el odio, tan distinto a lo relacionado con el sexo (como el amor, el deseo y el placer). De hecho, Freud veía en el odio una relación con los objetos «más antigua que el amor». Sin embargo, en estudios posteriores encontró una relación en el desarrollo libidinal del individuo, una especie de juego combinado de la pulsión de vida y la pulsión de muerte, que se hacía explícita tanto en el sadismo como en el masoquismo.

Con esto pretendo demostrar la insuficiencia de la dualidad de Pulsiones sexuales y del Yo, ya que como ya dije anteriormente, la Pulsiones sexuales están íntimamente relacionadas con el narcisismo, de tal forma que no es posible decir que la Pulsión del yo sea la verdadera Pulsión de vida. Establece entonces la relación inherente entre Pulsiones de Vida y Pulsiones de Muerte, como la relación amor-odio ya mencionada; esta relación se manifiesta en el (sadismo-masoquismo), donde el placer está muy ligado al dolor o al displacer. En la Pulsión sexual se halla el componente sádico que puede lograr una total independencia y dominar, en forma de perversión, el total impulso sexual de la persona. Este componente sádico aparece así mismo como Pulsión parcial dominante, en las etapas pregenitales.

"(...) ¿Cómo derivar la Pulsión sádica, dirigida al daño del objeto, del "EROS", conservador de la vida? La hipótesis más admisible es la de que éste sadismo es realmente una Pulsión de Muerte, que fue expulsado del Yo por el influjo de la libido, naciente; de modo que no aparece sino en el objeto."<sup>28</sup>

Esto quiere decir que el sadismo, expulsado del Yo, le ha sido marcado el camino por los componentes libidinosos de la Pulsión Sexual, los cuales tienden luego hacia el objeto. Existe entonces una Pulsión de Muerte. Observaciones clínicas han mostrado que el masoquismo, Pulsión Parcial complementaria del sadismo, debe considerarse

<sup>28</sup> Ibid., p.27.



como un retorno del sadismo contra el propio Yo. El masoquismo, la vuelta de la Pulsión contra el propio Yo, sería realmente una regresión a una fase anterior. Este pudiera entonces considerarse secundario (sadismo proyectado), mientras que el masoquismo primario, proviene del interior de la persona misma, y se dirige hacia ésta.

Es importante anotar, que el masoquismo no se relaciona sólo con la vida sexual o con las perversiones, sino también se liga a rasgos de carácter, excentricidades y formas de comportamiento.

Por otro lado, con la Pulsión de Muerte, cuya energía es el Tánatos, surge el sentimiento inconsciente de culpa<sup>29</sup>, ligado al castigo del Superyó, y a esa energía tanática, el cual empujaría a la persona a la destrucción, no ya como un efecto de lo hecho, sino como causa y motor; no se busca el castigo como tal sino más bien y por el contrario, el castigo mismo, la acción misma que lo provoca, explica, racionaliza y aplaca la culpa tanática que devora al individuo.

El Yo reacciona con sentimientos de culpa ante la percepción de que no puede soportar los reclamos que le dirige el Superyó. Este conserva los caracteres esenciales de las personas introyectadas; su poder, su inclinación a la vigilancia, su castigo, etc. Relacionado con el sentimiento de culpa inconsciente, está el masoquismo moral. El ser humano sufrirá remordimientos conscientes y culpa inconsciente que lo empujan a ser castigado, a destruirse.

Siguiendo este orden de ideas, con relación a las Pulsiones de Vida y de Muerte, Freud afirma que éstas no deben considerarse aisladas, sino combinadas, de valencias en cada caso. Así lo explicita en su conferencia "Angustia y vida pulsional" (1924):

<sup>29</sup> \* El sentimiento «Inconsciente» de culpa

Si en ciertas culturas -en las que, en realidad, la discontinuidad entre la vergüenza y la falta no es tampoco absoluta- se recurre a la lógica persecutoria para evitar que un desarrollo de la culpa del individuo, lo empuje a las miserias del destino, parece que en el seno de otras -cuyo mejor ejemplo sería el Occidente marcado con el signo de la falta por las religiones judía y cristiana-, la lógica correlativa no encuentra su expresión más significativa en la confesión sincera y de plena conciencia, sino bajo el disfraz de actitudes neuróticas y situaciones psicóticas que indican la vigencia de procesos inconscientes. Es en el nivel de ese disfraz y su sintomatología mórbida donde Freud pudo analizar con la mayor eficacia la «conciencia de culpabilidad», en cuanto a su génesis -inconsciente, por este hecho- y sus efectos. La descubre principalmente en las contradicciones e inhibiciones características de la neurosis obsesiva (y de manera casi paradigmática en el Hombre de las ratas), en el autodesprecio melancólico, en las resistencias de algunos enfermos ante la proximidad de la curación, en el derrumbe de otros en el momento en que están por ser satisfechos sus anhelos, en el valerse de una conducta criminal por necesidad de padecer un duro castigo. En ese rechazo, que designa con la expresión «reacción terapéutica negativa», Freud ve la influencia «de un factor por así decir moral, de un sentimiento de culpa que encuentra su satisfacción en la enfermedad y no quiere renunciar al castigo representado por el padecer» (El yo y el ello, 1923). En la misma época, en «El problema económico del masoquismo» (1924), a propósito de esas «fuerzas que se dirigen contra la curación» y no quieren renunciar a «una cierta cantidad de sufrimiento», admite que la expresión «necesidad de castigo» es perfectamente adecuada para la explicación de esta conducta, pero a pesar de la dificultad de vincular los términos «sentimiento» e «inconsciente», dice que prefiere hablar de un sentimiento inconsciente de culpa, que puede ser aprehendido y localizado «según el modelo del sentimiento consciente de culpa». En la oposición del enfermo a la influencia de la cura, ve una forma de masoquismo -el masoquismo moral-, que es «desde un cierto punto de vista el más importante» y «que sólo recientemente ha sido reconocido por el psicoanálisis como sentimiento de culpa, en general Inconsciente».

"(...) en el sadismo y el masoquismo nos las habemos con dos destacados ejemplos de la mezcla entre ambas clases de Pulsión, del Eros con la agresión, y ahora adoptamos el supuesto de que ese nexo es paradigmático, de que todas las mociones pulsionales que podemos estudiar consisten en tales mezclas o aleaciones de las dos variedades de Pulsión, desde luego en las más diversas proporciones."<sup>30</sup>

---

<sup>30</sup> FREUD, Sigmund. "32" conferencia. Angustia y Vida pulsional", Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.22, p. 97.

## CAPÍTULO SEGUNDO

“La utilidad de la pulsión de muerte para la investigación de la cultura y el papel de la cultura en la teoría de la pulsión de muerte”

### 2.1 La representación de la muerte

Hemos visto hasta aquí, cómo el progreso de la indagación sobre la naturaleza de las pulsiones, lleva a que la muerte se constituya en un asunto clave en el análisis de Freud. Apareciendo ésta como finalidad (Ziel) de todos los fenómenos vitales, a la vez que como negación de éstos.

Para Freud, la muerte no es sólo lo contrario a la vida, sino una expresión de la tendencia a la estabilidad (inercia) de la materia, que siempre busca recuperar las posiciones perdidas en su transcurrir. Esto implica que toda vida desea en últimas retornar al estado de inanimación que la precedió y del cual surgió, sin que sepamos cómo. En este primer momento del análisis, la pulsión de muerte propende a la *simplificación* de las cosas. Como se ve, Freud examina el componente biológico de los fenómenos psíquicos, pues considera que la materia tiene inscrita su propia finalidad y su principio de actividad.

Freud es consciente de la resistencia que genera en las personas tener que reconocer una pulsión de muerte, de ahí que afirme; “nuestra sociedad —y por ende nuestra mente—, por razones afectivas, tiende a identificar lo desagradable con lo falso.”<sup>31</sup>

A hora bien, la constatación de que esta pulsión a la agresión es parte de nuestra naturaleza, radica en que así como fácilmente nos negamos aceptar su presencia en nosotros, también con igual facilidad la podemos advertir en los demás, en sus gestos, palabras, ademanes, movimientos, y en general en muchas de las acciones de la vida cotidiana. Freud considera, que a través del mecanismo de proyección, escindimos de nuestro Yo aquellas inclinaciones que posteriormente atribuimos a las otras personas. Es decir, expresamos temor, desconfianza ante lo que los demás puedan hacer con nosotros, pero suponemos de hecho que somos personas de fiar para los demás.

Ahora bien, como ocurre con las pulsiones sexuales, Freud en Tótem y Tabú (1912-1913) establece un paralelismo entre los hallazgos del psicoanálisis y las enseñanzas de la etnología comparada, basándose en la hipótesis de que es posible adentrarse en la mentalidad del hombre primitivo con base en las huellas que quedan en nuestro propio psiquismo.<sup>32</sup> Conviene, que expliquemos cual es el significado que ha tenido la muerte para el hombre desde épocas primitivas.

Freud afirma entonces, que la muerte se le aparece al hombre, en primer lugar, bajo el aspecto de la muerte propia,<sup>33</sup> cuya principal característica es considerar que la terminación de esta vida, no constituye su final, pues nos negamos admitir que esta vida se termine y no sea seguida por otra, tal como se desprende de las creencias

<sup>31</sup> FREUD, Sigmund. “Introducción al Psicoanálisis” (1916-1917), p. 2131.

<sup>32</sup> Tótem y Tabú (1912-1913), p. 1747.

<sup>33</sup> GREEN, IKONEN, LAPLANCHE, RECHARDT, SEGAL, WIDLÓCHER, YORKE. La Pulsión de Muerte: Primer Simposio de la Federación Europea de Psicoanálisis (Marsella, 1984). Amorrotu, Buenos Aires, 1986, p.18.

religiosas. Así mismo, el dualismo que ha caracterizado la explicación del ser humano como constituido de alma y cuerpo (que está explícito en las creencias religiosas), y cuya creencia se remonta a las primeras civilizaciones, considera de hecho que el ser humano está constituido tanto de un elemento finito; el cuerpo, como de uno infinito; el alma. La creencia en la inmortalidad de esta última constituye la convicción más firme que han tenido los hombres desde el mundo antiguo para creer en la existencia de una vida más allá de la terrenal.

El alma aparece como una forma de salvación frente a la aniquilación de nuestro cuerpo, y es una idea que se ha preservado en el desarrollo de la civilización, ha tal punto que se presenta tanto en su forma religiosa, como en su modo igualmente secular, por ejemplo, en Kant, Leibniz y Platón.

La resistencia a aceptar que la muerte constituye el final de nuestra vida se expresa de igual manera, en el temor que existe de referirnos a ella, más allá de la religión. Lo que significa que la muerte adquiere las características de un tabú. Freud entiende por esta noción dos significados opuestos: por un lado es lo sagrado o consagrado, y por otro lo inquietante, peligroso, prohibido o impuro.<sup>34</sup> El tabú se manifiesta en prohibiciones y restricciones que extraen su autoridad de sí mismas, lo cual significa que no son impuestas por ninguna divinidad. Su violación atrae *ipso facto* los peores castigos.

Freud identifica diversos tabúes, uno de los primeros tabúes, sería el del tótem, cuyo término es tomado de una lengua indoamericana, se refiere por lo general a un animal del cual se supone que desciende un grupo de personas. Los miembros de dicho clan deben respetar y venerar a su tótem y abstenerse de cazarlo y comer su carne, con la excepción de una ocasión especial denominada la comida totémica, en la cual se sacrifica y se come el animal tras un riguroso ceremonial, luego del cual se llora su muerte. Asociado a este tabú se encuentra el del incesto, cuya expresión más clara es la ley de la exogamia<sup>35</sup>: los miembros de un mismo tótem no pueden casarse ni incurrir en relaciones sexuales.

En seguida encontramos el tabú de los reyes, sobre los cuales recaen obligaciones y restricciones aún más rigurosas que las correspondientes a sus súbditos. Entre los primitivos, ser rey no puede ser visto como algo deseable, e incluso se da el caso de que se nombre a un rey a un enemigo, el cual puede llegar a ser muerto.

Se nos aparecen asimismo, ciertos tabúes relacionados con las mujeres, como el de la menstruación. De éste encontramos rezagos en religiones como el judaísmo y el Islam, y aun en nuestra propia mentalidad occidental: se considera a la mujer menstruante "impura" o "sucía" y se evitan relaciones sexuales y de otras clases con ella.

Finalmente, encontramos las prohibiciones tabúes pertinentes a los muertos. Hay creencias que podría indicar que la muerte es asimilada como un tabú, creencias como son la prohibición de tocar el cadáver, de pronunciar el nombre del difunto o de casarse con su novia antes de transcurrido un determinado lapso de tiempo.

Sobre la actitud del primitivo ante la muerte del ser querido, podemos decir, que esta obedece a la oposición de dos tendencias: el amor y el odio hacia él. Pues bien, la

<sup>34</sup> Tótem y Tabú (1912-1913), p. 1758 y ss.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 1748-1749.

hipótesis que desarrolla Freud es la de que todos los tabúes se originan en la ambivalencia de los sentimientos: el tabú es en todos los casos una transacción entre dos tendencias en conflicto.<sup>36</sup> Si se prohíbe determinado comportamiento es que hay un deseo muy intenso de llevarlo a cabo, y de hecho se observa que nunca es necesario prohibir algo que nadie desee hacer.

**2.2 La muerte como problema y como tabú.**

Si partimos que el horror a la trasgresión del tabú y el castigo que se sigue de esta operan desde dentro del individuo, sin importar que sea sorprendido o no por otros, encontramos que el tabú guarda una estrecha relación con el origen de la conciencia moral. Freud sostendrá que el tabú será la primera manifestación de la conciencia moral.<sup>37</sup> Esta no es más que "la percepción interna de la repulsa de determinados deseos."<sup>38</sup> Para Freud, entonces el origen de la conciencia moral no sería propiamente racional, en el sentido que su formación obedecería más al temor y dolor al mismo tiempo del hombre antiguo generados por el arrepentimiento que le produce la violación de un tabú.

Este "mito científico" lo debemos a la especulación llevada a cabo por Darwin a partir de sus observaciones en manadas de caballos y toros salvajes. Freud se permite pensar, con Darwin, que la primera forma de agrupación humana fue la mencionada horda. Ahora bien, nunca podremos insistir suficientemente en que Freud reconoce el carácter puramente especulativo de esta hipótesis. Se trata de "una just so story, como lo denominó muy claramente un amable crítico inglés"<sup>39</sup>. El rendimiento teórico del mito de la horda primitiva se limita al establecimiento de relaciones entre materias aparentemente alejadas entre sí.<sup>40</sup>

La figura central de la horda habría sido un macho más poderoso que los demás, por consiguiente ejercía una función dominante y a la vez protectora sobre las hembras y los demás machos, la mayoría de los cuales habría sido engendrada por él. A causa de su gran poderío, dicho macho dominante gozaba de la posesión de todas las hembras y restringiría brutalmente el acceso sexual de los hijos a ellas. Dada esta situación, los sentimientos que suscitaba el padre primitivo entre los machos subordinados debían de ser ambivalentes. Por una parte, los hijos se sentían amados y protegidos por él —lo que haría objeto de su amor—, pero, por otro lado, lo percibían como obstáculo infranqueable para la satisfacción de sus necesidades sexuales y como un generador de castigo, lo que despertaban en ellos un sentimiento de odio y envidia.

Lo anterior sugiere la existencia de dos constituciones psicológicas diferentes entre los integrantes de la horda. Por un lado, estaría la del padre, cuya superioridad, independencia e influencia sobre los demás generaría un exagerado amor a sí mismo (narcisismo). Los demás sólo podían ser objeto de su amor en la medida en que servían

---

<sup>36</sup> *Ibíd.*, p. 1790.  
<sup>37</sup> *Ibíd.*, p. 1791.  
<sup>38</sup> *Ibidem.*  
<sup>39</sup> *Psicología de las Masas y Análisis del Yo* (1921c), p. 2596.  
<sup>40</sup> *Ibíd.*, p. 2596.

para la satisfacción de sus necesidades instintivas: "su Yo no daba a los objetos más que lo estrictamente preciso."<sup>41</sup>

En el otro extremo se encontraría la psicología de los demás integrantes de la horda, regida por el hecho de que "se saben igualmente perseguidos por el padre, que les inspira a todos el mismo temor"<sup>42</sup>. Este temor compartido, unido al permanente estado de insatisfacción sexual, contrasta con la admiración y la envidia que suscita el padre: lo que cada uno de los hijos quiere es ser como él, poderoso y satisfecho sexualmente. La consecuencia lógica de esta situación, como sugiere también la observación de los rebaños de caballos y toros, sería la asociación entre los hermanos para asesinar al padre y de esa forma acabar con un asfixiante dominio. Al ser satisfecho el odio, quedan al desnudo los *sentimientos cariñosos*, que antes se encontraban dominados por el primero. Nace de esta forma el *remordimiento*, que constituye la primera forma de conciencia de culpa.<sup>43</sup>

Ahora bien, si nos atenemos al hecho de que lo que cada uno de los hijos quería era ser como el padre, es de suponerse que se desencadenaran violentas luchas entre ellos, con lo cual se habría visto amenazada la integridad de la horda. La principal razón de la discordia habría sido la posesión de las hembras, lo cual parece explicar el origen de la prohibición del incesto. Solamente si todos los hermanos renuncian en igual medida a la satisfacción de los deseos sexuales con las hembras del clan se hace posible la convivencia.<sup>44</sup>

De esta forma, explica Freud, el origen de las dos prohibiciones tabúes cuya violación constituía "los dos únicos crímenes que preocupaban a la sociedad primitiva"<sup>45</sup>, las cuales eran la del incesto y la de dar muerte al animal totémico. Sobre este animal, hay que decir, que es llanamente una formación sustitutiva del padre asesinado, a la cual se desplazan los sentimientos ambivalentes originariamente dirigidos hacia éste. La prohibición de matar al tótem es el resultado de la culpa abrasadora que afecta a los subordinados, producto del amor hacia el muerto y del temor al castigo que el mismo podría infringirles.

La formación residual que encontramos en el aparato mental del niño, es el Complejo de Edipo, en el cual aparecen los mismos deseos: asesinar al padre y poseer a la madre. El desarrollo de dicho complejo, es una réplica exacta de lo que acontece en la horda primitiva: pues tras el asesinato del padre sobreviene la identificación con él y la implantación de la conciencia moral, en cada individuo viene repetir lo que ocurre en la historia de la especie. Pero debemos recalcar que el parricidio primordial pudo no haber ocurrido y que estos hechos tuvieron lugar únicamente en la mente de los hijos, en virtud del predominio de la realidad psíquica. Freud compara esta sobreestimación de los actos psíquicos por parte de los primitivos con la que se aprecia en los neuróticos:

<sup>41</sup> Ibid., p. 2597.

<sup>42</sup> Ibid., p. 2598.

<sup>43</sup> Tótem y Tabú (1912-1913), p. 1839.

<sup>44</sup> Ibidem.

<sup>45</sup> Ibidem.

"Habremos, pues, de guardarnos de aplicar al mundo del primitivo y del neurótico, rico únicamente en sucesos interiores, el desprecio que nuestro mundo prosaico, lleno de valores materiales, experimenta por las ideas y deseos puros."<sup>46</sup>

La reacción moral contra el deseo parricida pudo haber generado por sí sola el totemismo y el tabú, pero Freud se inclina más a pensar que "en el principio era la acción".<sup>47</sup>

La cuestión que más llama la atención cuando se analiza la hipótesis de la horda primitiva es la aparición de la conciencia moral. En efecto, no deja de resultar extraño que, una vez eliminada la autoridad externa, los hijos no hayan dedicado a matarse entre sí procurando eliminar los obstáculos a la satisfacción ilimitada de sus apatitos. Sorprendentemente, el parricidio da origen a una serie de mecanismos que limitan la propagación de la violencia.

Decíamos que luego de consumado el crimen comienza a evidenciarse en los hijos el arrepentimiento, producto de la exacerbación de los sentimientos amorosos hacia el progenitor, antes opacados por los sentimientos hostiles. Más aún, ninguno de los hijos pudo alcanzar el lugar que ocupara el padre, como era su deseo, a causa de las envidias y disputas. El parricidio, en síntesis, resultó ser un verdadero fracaso, ya que ninguno de los hermanos alcanzó lo que anhelaba. Esto, como es lógico, reforzó el arrepentimiento y el sentido de culpa.<sup>48</sup> Sin embargo, el remordimiento no protegía a los conjurados contra la venganza del muerto, ni contra la posibilidad de que los hermanos comenzaran a matarse entre sí. Este problema sólo podía ser resuelto por la *repartición* del sentimiento de culpa entre todos, lo cual se lleva a cabo mediante la asunción de la responsabilidad común en el crimen. Esto explica el que las prohibiciones tabúes rijan por igual para todos los miembros de la comunidad, y que cada uno de ellos, sin excepción, deba participar en los rituales expiatorios con que se pretende aplacar la cólera del difunto.

La razón por la cual no se desintegró la horda luego del parricidio —a pesar de las luchas que seguramente tuvieron lugar— reside fundamentalmente en que antes de consumado el hecho existía ya una poderosa fuerza aglutinante que mantenía la cohesión entre los integrantes de la colectividad. Podría alguien decir que dicha fuerza sería la mera conveniencia; en efecto, las múltiples exigencias que impone la dura realidad a los individuos hacen que necesiten de sus semejantes para poder sobrevivir. Sin embargo, la simple comunidad de intereses tendría una limitación: no basta para contrarrestar el narcisismo que impelería a cada uno de los integrantes a buscar ante todo su propio provecho, "pues en las asociaciones de dicho género la tolerancia durará tan sólo lo que dure el provecho inmediato producido por la colaboración de los demás"<sup>49</sup>.

Para que subsista la comunidad debe haber entre sus miembros lazo de naturaleza más sólida, vale decir, lazos *afectivos*. Estos vínculos pueden ser calificados de *amorosos*, y corresponden a deseos libidinales (deseos de satisfacción sexual) *coartados en su fin*. La razón de esto es que solamente el amor, al establecer vínculos objetales, puede reducir el narcisismo en la proporción necesaria para que los hombres se toleren entre sí: "En el

<sup>46</sup> Ibid., p. 1850.

<sup>47</sup> Ibidem.

<sup>48</sup> Ibid., nota 1255.

<sup>49</sup> Psicología de Masas y Análisis del Yo (1921c), p. 2584.

desarrollo de la Humanidad, como en el del individuo, es el amor sublimado lo que ha revelado ser el principal factor de civilización, y aun quizá el único, determinando el paso del egoísmo al altruismo.”<sup>50</sup>

El principio que posibilita las agrupaciones humanas es el mismo que explica la aparición de las formas vitales más desarrolladas: la libido —idea psicológica que se puede transplantar a la biología— asegura la cohesión de las formaciones sociales en la misma medida en que hace posible las estructuras multicelulares de los organismos superiores.<sup>51</sup> Por otra parte, como es de común observación, no tardan en aparecer lazos afectivos (libidinales) entre seres humanos que se hayan juntado, cualquiera que fuere el motivo de su vinculación. Volvemos a encontrarnos aquí con los puntos de contacto entre el desarrollo del individuo y el de la especie: así como los primeros nexos afectivos del niño se establecen con las personas que satisficgan sus necesidades vitales, los individuos llegan a amarse cuando se juntan para posibilitar su supervivencia.<sup>52</sup>

Debemos indagar, por consiguiente, cómo es que se producen los vínculos amorosos entre los integrantes de la horda primitiva. Veámos que los hijos amaban y admiraban al padre primitivo y necesitaban creer que éste los amaba a todos por igual, lo que no pasaba de ser una ilusión, dado el carácter eminentemente narcisista de dicho individuo. El padre ocupaba el lugar del *ideal del Yo* de los hijos. Pero no debemos olvidar que, junto con el amor y la admiración que le profesaban, alentaban hacia él un odio homicida por las restricciones a que los sometía. Estas limitaciones sexuales hacían que la libido de los hijos tuviera que ser, al menos en parte, desplazada. Esto ocurría en dos sentidos: hacia el padre y entre los hijos mismos. Según Freud, está hecho marca el nacimiento de la *psicología colectiva*, que es la impuesta por el padre a los hijos.<sup>53</sup>

En esta psicología colectiva, que resulta de la actitud celosa e intolerante del padre primitivo, predomina el mecanismo de *identificación*, primero de los hijos con el, y luego de aquellos entre sí. El querer ser como el padre pone a los hijos en un plano de igualdad. Luego de realizado el parricidio, la identificación, que desde antes constituye el eje de las relaciones eróticas entre los hermanos, posibilita la aparición del primer tipo de sociedad en la forma de *comunidad fraterna*. En ésta impera el hecho de que los hermanos, “rivales al principio, han podido luego identificarse por amor al mismo objeto”<sup>54</sup>. Cualquiera que intentara comportarse como el padre primitivo sería destruido por los demás. La necesidad instintiva de conservar la vida sustituye la envidia recíproca por el sentimiento de solidaridad, con lo cual aparece la primera forma de *conciencia moral*. En efecto, la idea de justicia social exige que los individuos renuncien a muchas cosas. No podemos exigir a los demás que renuncien a ciertas satisfacciones instintivas —o, lo que es igual, que limiten su narcisismo— sin que nosotros estemos dispuestos a hacer lo mismo.<sup>55</sup> Con el parricidio y las luchas fraternas que lo suceden se elimina también la dualidad entre la psicología individual (la del padre) y la colectiva (la de los hijos): a partir de entonces la psicología es sólo una.

<sup>50</sup> Ibidem.

<sup>51</sup> Ibid., p. 2574-2575

<sup>52</sup> Ibid., p. 2584.

<sup>53</sup> Ibid., p. 2597.

<sup>54</sup> Ibid., p. 2595.

<sup>55</sup> Ibidem.



Esta unificación nos hace ver una nueva luz sobre el problema de las relaciones entre individuo y la colectividad. Nos muestra cómo los ideales culturales –introyectados en el Yo- entran en conflicto con las pulsiones sexuales, y que esa lucha explica el mecanismo de formación de las neurosis.

La teoría nos habla, en un primer momento, de las renunciaciones que la cultura impone a la satisfacción de nuestras pulsiones. Pero ahora observamos la otra cara del problema: la insatisfacción no es una mera consecuencia de la cultura: es anterior a ella, es un requisito para que nazca la misma. *La civilización descansa sobre las renunciaciones pulsionales*. En el orden teórico, la insatisfacción de las aspiraciones sexuales y de poderío es anterior a la cultura, aunque sale a nuestra vista como un fenómeno generado por esta. La primera forma de cultura, conceptualizada como "sociedad fraterna", se hace posible cuando los hermanos limitan sus anhelos de ser como el padre asesinado para que los demás tengan que hacer lo mismo, con lo cual se hace posible la subsistencia de todos. Si no coartan la gratificación de sus pulsiones, terminarán todos por destruirse entre sí. Para que logren limitar sus aspiraciones es preciso que reduzcan su narcisismo, lo cual sólo es posible por acción del amor (Es importante tener sin embargo, en cuenta lo que Freud anota a propósito en el malestar en la cultura) Este fenómeno de renuncia pulsional que se encuentra en la base de las formaciones culturales, es una consecuencia directa de los vínculos eróticos que se establecen entre los seres humanos que se unen para satisfacer sus necesidades vitales.

Para concluir esta sección, podemos esquematizar teóricamente este complejo proceso de la siguiente manera. Pequeños grupos de seres humanos primitivos se aglutinan bajo la protección de un macho poderoso con el fin de asegurar la satisfacción de sus necesidades vitales. Esto, a su vez, da origen al establecimiento de relaciones amorosas entre ellos mediante el proceso de identificación – con el macho poderoso y entre ellos mismos-. La brutal coartación de las exigencias pulsionales – especialmente sexuales. A que el jefe de la horda somete a sus subordinados exagera en éstos el odio hacia él, que los conduce a asesinarlo. Tras este hecho, el propio narcisismo de los hijos los hace buscar satisfacer sus deseos sexuales y de poderío, lo que genera disputas entre ellos. Esto les muestra el fracaso del parricidio y exagera el sentimiento de culpa producido por la liberación del componente amoroso del vínculo con el padre. Por otro lado, refuerza los vínculos eróticos existentes entre ellos, de los cuales resulta la renuncia a la exigencia narcisista de satisfacer sus deseos, que posibilita la primera forma de sociedad humana. Esta, a su vez, debe continuar inhibiendo las exigencias instintivas para asegurar la supervivencia de los asociados.

Finalmente, debemos subrayar que la enseñanza más importante de esta construcción teórica, es que la principal fuerza civilizadora y el sustento del cuerpo social es el amor, al que también tenemos derecho de llamar también Pulsión de Vida. Parece que Éros, el fundamento de la cultura, debería generar un paraíso afectivo que inevitablemente conduciría a la felicidad de los individuos. Pero resulta evidente que esto no es así; hay algo que perturba este ensueño. Es aquí donde se nos impone, con toda fuerza, el problema de la muerte.



**2.3 La cultura como problema de administración de pulsiones: el malestar en la cultura.**

Llegados por este camino al principal asunto conviene que recapitulemos. No perdamos de vista que es del estudio clínico de las neurosis de donde parte el psicoanálisis, y que de él procede la mayoría de sus creaciones especulativas. Es el examen de estos trastornos psicológicos el que pone de presente la participación de la cultura y sus ideales en la represión y sublimación, de nuestras necesidades instintivas. Las limitaciones que impone la cultura a la posibilidad de que los individuos puedan satisfacer sus instintos, genera, según Freud, un sentimiento de hostilidad de los hombres contra cultura. Un sentimiento de malestar que para Freud, no deja de ser paradójico si tomamos en consideración que la subsistencia de la especie humana, sólo es posible en la medida en que existan las instituciones culturales, cuya génesis histórica localizamos de manera especulativa en los acontecimientos que surgieron tras el asesinato del padre primitivo. Pero es necesario que profundicemos en el problema y mostremos cómo surge en Freud la preocupación por el sentimiento de malestar, que aparece en los individuos que componen todas las formas culturales en todas las épocas históricas, para que así podamos hacernos una idea acerca del papel que desempeña la Pulsión de Muerte en la configuración de las organizaciones sociales.

Freud considera que el fin que persigue los hombres en cada una de sus acciones es la búsqueda de la felicidad, y concibe esta como la obtención del placer y la evitación del displacer. Sin embargo, dicho fin no es alcanzado por los hombres, pues en la práctica la obtención del placer se nos plantea como un momento puramente circunstancial y efímero, por el contrario, es mucho mayor la disposición y el riesgo que tienen los hombres de experimentar el displacer.

Según Freud, existen tres causas fundamentales que generan el sufrimiento humano, y en donde están sintetizados los orígenes de las diversas formas en el que experimentamos displacer. En primer lugar, encontramos la capacidad y fragilidad de nuestra naturaleza corporal, permanentemente amenazada por el trauma, la enfermedad y el deterioro normal que viene con los años. Dicho sufrimiento, nos hace prever el que vemos como el mayor de los males: la muerte. En segunda instancia, encontramos los sufrimientos causados por el mundo exterior; Las amenazas propias de la naturaleza y sus fuerzas implacables, tales como los tsunamis, terremotos, inundaciones, entre otros. La omnipotencia de estas fuerzas de la naturaleza y su continua oposición a nuestros planes no hacen sino reforzar nuestros sentimientos de impotencia y limitación. Finalmente, encontramos muchas situaciones frustrantes y dolorosas en nuestras relaciones con los demás en la vida marital, familiar y social.

Ahora bien, de acuerdo a lo que Freud manifiesta el "porvenir de una ilusión," parecería que el mismo señala que las primeras dos causas de sufrimiento humano han cambiado a través de la historia, pues él reconoce que en la historia de la cultura se han dado innegables progresos en uno de sus dos fines principales, esto es, en el dominio y control de la naturaleza. Lo que significa, que en la ciencia y la técnica no sólo estaría la clave para dominar y someter la naturaleza y hacer frente a sus desafíos, sino también para poder contrarrestar los motivos de padecimiento de muchos de nuestras dolencias y malestares corporales, pese a que tengamos que aceptar la impotencia de la ciencia para resolver el problema de la finitud humana.

Por otra parte, si Freud reconoce que hasta su época (siglo xx) se podía afirmar que la cultura había alcanzado innegables progresos en el dominio y control de la naturaleza, no ocurría lo mismo en el otro fin de ésta, a saber; la regulación de las relaciones humanas. Pues, aquellas instituciones creadas por los mismos hombres para regular sus propias relaciones, habían demostrado ser insuficiente para evitar los permanentes conflictos que éstos tenían entre si. En consecuencia, Freud consideraba, más difícil poder resolver la tercera causa que daba lugar al sufrimiento humano. Sin embargo, es evidente que no existe una proporción entre su juicio pesimista sobre el porvenir de la cultura y las alternativas que el mismo vislumbra tanto en el "Porvenir de una ilusión," como en El Malestar en la cultura.

Por otra parte, la tensión existente entre el principio del placer y el principio de realidad, que se expresa en las limitaciones que le impone a la posibilidad de que los individuos puedan satisfacer sus necesidades instintivas tiene un motivo de tipo económico<sup>56</sup>, pues por un lado la escasez de recursos no garantiza una satisfacción plena de las necesidades de todos los hombres por igual. Por otro lado, en la medida en que los logros de la cultura están basados en el esfuerzo del trabajo, esta ha exigido cada vez más el ahorro de partes de la energía de la libido de los hombres, que luego la cultura utiliza en las tareas de la actividad productiva.

Sin embargo, estas limitaciones que tienen los individuos para poder gratificar sus instintos es la causa de que estos desarrollen una intensa hostilidad hacia la cultura, que es mayor cuanto menos gozamos de los bienes y logros alcanzados por ella.<sup>57</sup>

Si tenemos en cuenta que las restricciones a la vida instintiva son prácticamente un requisito previo al desarrollo de la cultura, lo que se pueda afirmar es que la tensión entre las exigencias de la cultura y las aspiraciones instintivas de los hombres; corresponde a los mismos orígenes de la civilización, no obstante, se puede inferir que para Freud que en el proceso de desarrollo de la civilización existirían motivos que han contribuido al incremento de esa tensión, viniendo a aumentar al mismo tiempo el sentimiento de malestar ante la cultura. Uno de esos motivos radica en que, según Freud, los europeos por ejemplo, se han percatado el error en que habían incurrido, al idealizar la vida de los pueblos con los que habían tenido contacto desde el siglo xv, se han dado cuenta que estas culturas no eran más felices, ni su organización primitiva garantizaba más la liberación instintiva. A si mismo, los hombres se han desengañado ante las capacidades que le asignaban en otra épocas a la ciencia y la técnica, ese desengaño estriba en que a pesar de sentirse orgullosos por los avances obtenidos por los desarrollos del conocimiento científico y técnico han encontrado que esta no garantiza la felicidad de los hombres.<sup>58</sup>

No obstante, aunque Freud, parece mostrarse pesimista entorno a la posibilidad de que el individuo pueda alcanzar la felicidad, es claro que su análisis de la cultura esta imbuido de muchos elementos ambivalentes, y es así como la perspectiva optimista que Freud había asumido con respecto a las capacidades de la ciencia y la técnica, en su

<sup>56</sup> El Porvenir de una Ilusión (1927), p. 2964.

<sup>57</sup> Ibid., p. 2965-2966.

<sup>58</sup> FREUD, Sigmund. El Malestar en la Cultura en: BRAUNSTEIN, Néstor A., A medio Siglo de el Malestar en la Cultura de Sigmund Freud, Ed. Siglo XXI, México, 1981, p. 48.

ensayo "El porvenir de una ilusión", lo llevan a tener que defender en cualquier caso, ( para ser coherente con lo que plantea ahora en El malestar en la cultura ) la importancia que tiene la ciencia y la técnica en la satisfacción de gran parte de las necesidades humanas, a tal punto que piense que ella es decisiva en la mitigación de mucha de las causas de nuestro sufrimiento. Como un pensador que se muestra crítico y defensor al mismo tiempo del proyecto de la ilustración, Freud tiene que afrontar de manera dialéctica el sentido que tiene para los hombres la ciencia y la técnica, identificando tanto sus posibilidades como sus limitaciones, por ello, después de haber resaltado la importancia que ha tenido para la vida del hombre occidental la aparición de creaciones técnicas como el telégrafo, la energía eléctrica, los aviones y los ferrocarriles, cuestiona como la postura pesimista quiere negar el valor que tiene todos estos avances de la ciencia y la tecnología han traído para los hombre, Freud afirma como el esceptico refuta estos logros:

Y podríamos mencionar todavía una larga serie de beneficios, que debemos a la tan vilipendiada época del progreso técnico y científico. Pero en este punto se hace oír la voz de la crítica pesimista y advierte que la mayoría de estas satisfacciones siguieron el modelo de aquel "contento barato" elogiando en cierta anécdota: uno se procura ese goce cuando en una helada noche de invierno saca una pierna desnuda fuera de las cobijas y después las recoge. Si no hubiera ferrocarriles que vencieran la distancias, el hijo jamás habría abandonado la ciudad paterna, y no haría falta teléfono alguno para escuchar su voz. De no haberse organizado los viajes transoceánicos, mi amigo no habría emprendido es viaje por mar y yo no necesitaría del telégrafo para calmar mi inquietud por su suerte.

Freud dice que en todo carecemos de elementos para realizar un juicio objetivo sobre hasta que punto eran los hombres en eras premodernas más felices que el hombre moderno. Lo que es claro es como lo hemos anotado, el malestar que tienen los individuos con la cultura, se remonta a los propios orígenes de ésta.

Por otra parte, resulta por lo menos incomprensible que Freud sostenga, por un lado, que no nos sentimos bien dentro de nuestra cultura,<sup>59</sup> que hay malestar por las exigencias que esta nos plantea como las que se derivan de la rutina del trabajo, y de las prohibiciones y limitaciones que nos impone la cultura contra la satisfacción de nuestros instintos, y por otro lado, afirme que la consecución de la felicidad sea un asunto puramente subjetivo.<sup>60</sup> Es incomprensible por cuanto se infiere que el malestar es un asunto colectivo, es decir, Freud se esta refiriendo a la infelicidad general de los individuos dentro de la cultura, pero nos dice al mismo tiempo que la felicidad es un problema subjetivo, es decir cada individuo tendría sus propios motivos para ser feliz, La pregunta es; cómo puede Freud estar tan seguro que hay un malestar general frente a la cultura, y que en consecuencia existiría algo así como una infelicidad general?, además ¿en qué se basa para creer que el único criterio para ser feliz es la obtención del placer y la evitación del displacer?.

Como otros pensadores europeos de primera mitad del siglo XX, Freud fue sin duda afectado por los acontecimientos objetivos de la primera guerra mundial, pero en su experiencia personal no se puede descartar las implicaciones que tuvo en su pensamiento la enfermedad que padeció durante mucho tiempo de su vida. Se puede decir que sus juicios sobre el porvenir de la cultura y el malestar que al mismo tiempo tienen los hombres frente a ella están muy relacionados con lo que vivieron los hombres de su época; la primera guerra mundial, el ascenso de los movimientos nacionalistas, y

<sup>59</sup> Ibid., p. 50.

<sup>60</sup> Ibid., p. 51.

con ello del nacional socialismo, y el fascismo, la persecución contra los judíos, a cuya tradición cultural Freud estaría ligado, así como su propia experiencia personal.

Por otra parte, si Freud considera, que en contraste a los logros alcanzados por la cultura en ciencia y la tecnología, en la regulación de las relaciones no existe tal progreso, es porque en efecto, él ha encontrado que ni los principios religiosos como el mandamiento "Amarás a tu prójimo como a ti mismo," ni los imperativos morales seculares como el Kantiano, trata al otro como fin en sí mismo y no como un medio, han contribuido a acabar la hostilidad que los hombres mantienen unos con otros.<sup>61</sup>

El problema estriba en que los preceptos y mandamientos morales se fundan en un concepto de hombre, según Freud, completamente errado, por ello afirma:

"La verdad oculta tras de todo esto, que negaríamos de buen grado, es la de que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se lo atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones pulsionales también debe incluirse una buena porción de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no le representa únicamente un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirle, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes; para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, matizarlo y matarlo."<sup>62</sup>

El factor perturbador que aparece en toda relación intersubjetiva es la disposición agresiva connatural a la especie humana, que mantiene a la civilización "al borde de la desintegración"<sup>63</sup>. Resulta apenas lógico entonces, el esfuerzo que en términos de economía psíquica le impone la cultura a los individuos, pues esta no podría subsistir sino pusiera límites a la agresividad mediante la sublimación y sobre todo represión de dicha pulsión agresiva.

Ahora bien, existen grupos, comunidades o asociaciones, que son sabias en cuestiones de economía psíquica, pues hallan formas de *administrar* la agresión dirigiéndola, por ejemplo, hacia grupos, comunidades, o asociaciones, ya sean de otra etnia, género, organización política, nacionalidad, religión, etc. Esto es lo que Freud llama el narcisismo de las pequeñas diferencias, a través del cual un grupo logra una gran cohesión en su interior al proyectar sobre otro, ajeno y extraño, toda la ira, envidia y odio que poseen. Ahora bien, el transferir la agresión hacia un exterior ajeno y amenazante, no implica en modo alguno una disminución de la agresión, sólo sirve para encubrir que tal agresión podría suscitarse entre grupos aun minoritarios de hombres (familias) e incluso entre miembros de una misma familia.

Recapitulando, debemos decir que esperábamos encontrar en la insatisfacción de nuestras necesidades sexuales la fuente última del sentimiento de hostilidad hacia la cultura. Pero lo que se puede resaltar es que el domeñamiento del instinto agresivo, es igual e incluso más importante para el sostenimiento de la cultura que la propia represión contra la sexualidad. Marcuse sostiene en Eros y civilización, que habría que

<sup>61</sup> El carácter antipsicológico de tal precepto sala a relucir rápidamente cuando se lo somete a examen cuidadoso. El amor aparece, de una parte, como un valioso patrimonio que no debe ser derrochado si no se quiere ser injusto con quienes verdaderamente lo merecen. Por otro lado, no hay razones para amar a un prójimo que no solamente no nos es recíproco sino que tampoco desaprovecha oportunidad alguna para hacernos daño y, además, *disfrutar* haciéndonoslo. El precepto del amor al prójimo se presenta al ser analizado como una *formación reactiva* contra esa disposición ubicua entre los seres humanos a agredirse entre sí y a obtener placer de dichas agresiones.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 3046.

<sup>63</sup> *Ibidem.*

distinguir entre una represión básica necesaria de las pulsiones, y una represión que él llama excedente, en el sentido que él considera que históricamente estarían dadas las condiciones para que la sociedad industrial contemporánea liberará a los hombres de ciertos controles a los que se hayan sometidos. Por ejemplo según Marcuse existirían las condiciones científico-técnicas para disminuir el tiempo de trabajo, y aumentar con ello el tiempo libre, gran presupuesto para que los hombres puedan gratificar sus instintos sexuales. Lo que es claro en este punto, es que Marcuse cuando se refiere a la liberación de las pulsiones, esta haciendo alusión básicamente a las pulsiones sexuales. Y en ese sentido, es obvio que tiene en cuenta que el conflicto que existe en cada individuo entre Eros y Thanatos, entre los instintos de vida y los instintos de muerte, tendría un desenlace a favor de Eros, si se acabara la represión excedente que se ejerce contra los instintos sexuales. En otras palabras, en la interpretación que hace Marcuse de Freud, se puede inferir que una de las causas de la agresión de los hombres radica como en parricidio en la existencia de una profunda insatisfacción de las pulsiones sexuales.

#### 2.4 La reducción de la Pulsión Agresiva a la Pulsión de Muerte

La identificación de una pulsión agresiva espontánea y autónoma hace pensar a Freud, en un principio, en una posible necesidad de modificar la Teoría de las Pulsiones, pero el análisis del mismo muestra que únicamente exige "captar con mayor precisión un giro teórico ya realizado hace tiempo, persiguiéndolo hasta sus consecuencias últimas"<sup>64</sup>. El mencionado giro fue el que se impuso mediante el análisis del sadismo y el masoquismo. Se puso de relieve la noción de *mezcla o amalgama de pulsiones*. En el sadismo y el masoquismo se hace evidente la forma en que el ser vivo administra la Pulsión de Vida y de Muerte, esto es, la manera en que dirige porciones de ellas hacia fuera y hacia adentro, con el fin de asegurar un camino propio y particular hacia la muerte.

La especificidad del análisis llevado a cabo en El Malestar en la Cultura (1930a) reside en que por primera vez se consideran de manera explícita las tendencias agresivas y destructivas cuando no están mezcladas con el erotismo, como si ocurre en el sadismo y el masoquismo. Este fenómeno llama poderosamente la atención del mismo Freud: ¿Cómo es posible que él mismo hubiera pasado por alto la omnipresencia de las tendencias destructivas no eróticas? Sus palabras no pueden ser más dicientes:

"Recuerdo mi propia resistencia cuando la idea de Pulsión de destrucción apareció por primera vez en la literatura psicoanalítica y cuanto tiempo tardé en aceptarla. Mucho menos me sorprende que también otros hayan mostrado idéntica aversión y que aún sigan manifestándola, pues a quienes creen en los cuentos de hadas no les agrada oír mentar la innata inclinación del hombre hacia "lo malo", a la agresión, a la destrucción y con ello también a la crueldad."<sup>65</sup>

Lo que el autor subraya aquí es la participación de lo emocional en la ciencia. En ella también se expresa la tendencia de la sociedad a convertir lo desagradable en falso. La ciencia y el científico son productos culturales, y la cultura deja en ellos de modo inevitable la impronta de sus ideales, que aquí toman la forma de resistencia a aceptar hechos comúnmente observados. La civilización pretende hacernos creer que la agresividad es un mecanismo de defensa, puesto que parte de la premisa de que el hombre es esencialmente bueno y amoroso.

<sup>64</sup> *Ibíd.*, p. 3049.

<sup>65</sup> *Ibíd.*, p. 3051-3052.

Ahora bien, inclusive en su forma más cruda, la pulsión agresiva muestra sus nexos con lo sexual, pues su satisfacción va acompañada de placer narcisista, "pues ofrece al Yo la realización de sus más arcaicos deseos de omnipotencia"<sup>66</sup>. Aún hay otro aspecto en que se ve la necesidad de la pulsión agresiva para la vida. Efectivamente, para que podamos nutrirnos necesitamos destruir animales y plantas, y para que podamos defendernos de las fuerzas de la naturaleza debemos alterar el estado original de la misma.<sup>67</sup>

Estas consideraciones hacen que comience a aclárasenos la razón por la cual la pulsión agresiva es el principal obstáculo con que tropieza la cultura, pero al mismo tiempo sea uno de los mayores estímulos que ha contribuido a su desarrollo. La cuestión es si la forma como ha sido sublimado (utilizado) el instinto agresivo en el dominio y control de la naturaleza, pueda ser sostenible en las épocas siguientes, pues es evidente que el problema actual y también futuro de la humanidad será precisamente los peligros a los que estamos expuestos con ese sometimiento técnico que hemos de la naturaleza. En los últimos informes de desarrollo humano se ha puesto de presente los grandes temas centrales de la agenda mundial, el calentamiento global, la contaminación producida por la emisión de gases, y la crisis alimentaria, todos asuntos directamente relacionados con la degradación a la que hemos sometidos la naturaleza.

La pulsión agresiva se reduce a la Pulsión de Muerte, pero no es más que la forma en que éste se presenta cuando se dirige hacia objetos externos y no se encuentra muy mezclado con componentes eróticos, salvo por el placer narcisista que genera su satisfacción. La agresión tiende a reducir la medida en que el individuo se destruye a sí mismo, pues desvía hacia fuera parte de la energía autodestructiva primigenia, con lo cual se pone al servicio de la vida. Sin embargo, tiende a la desestabilización y deterioro de la cultura, en la cual se condensa más plasma vital que en el individuo.

Llama la atención el que la Pulsión de Muerte aparece como fuerza *simplificadora*, pues propende a la desagregación de elementos, a la quietud, mientras que Eros se presenta como fuerza *complicadora* o *sintetizadora*, ya que perturba la tendencia de los entes individuales a morir cuanto antes y busca a la vez agregarlos en unidades cada vez más grandes y complejas.

## 2.5 La muerte y la felicidad del hombre

Freud sostiene que la estructura psíquica esta constituida por un lado, por lo que el denomina como *el Ello*, que es la parte inconsciente del ser humano. Esta instancia no conoce de normas, ni principios lógicos, por lo que todo en ella es contradictorio, así mismo alberga los deseos y aspiraciones pulsionales de los hombres. Freud considera que sólo una parte del Ello, el preconscious es susceptible de hacerse manifiesto, o ser develado mediante la terapia psicoanalítica. Pero así como existe el Ello, hallamos un *Yo*, quien representa por así decir la parte racional autónoma del individuo, este *Yo* sin embargo, no es algo dado en el individuo sino que tiene que pasar por un proceso de formación. La otra instancia es llamada por Freud, *Superyó*, que representa el proceso de formación de la conciencia moral, este *Superyó* constituye el conjunto de normas,

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 3052.

<sup>67</sup> Esquema del psicoanálisis (1940a [1938]), p. 3382.

preceptos y prohibiciones que han sido interiorizados por los individuos. La consolidación del Superyó, representa en últimas el triunfo de la cultura sobre las pulsiones, e instintos de los hombres, en cuanto su existencia refleja que la autoridad ha sido introyectada por los hombres, de tal modo que no se requiere incluso de la represión real, o coacción exterior, para que el superyó vigile y censure al Yo.

El Superyó constituye entonces, la internalización de la coerción, ha tal punto que las instituciones de vigilancia y control que existe en la sociedad, no requieren simplemente estar presente para que el individuo cumpla con su deberes. A hora bien, la internalización de las normas y prohibiciones, significa que el individuo, por medio de l Superyó, es capaz de imponerse así mismo los "castigos" más crueles, las "penitencias" y las limitaciones más severas. De tal manera, que la agresión, que el Yo tiene contra la cultura y la sociedad en la que vive, es aplicada a hora contra sí mismo. En otras palabras, la agresión es devuelta contra la instancia de donde procede, que no es otra que el Yo mismo (entendido, en su sentido más general, como el individuo empírico). Una parte del Yo absorbe esta agresividad y la dirige contra la parte restante, lo que lleva a cabo tomando la investidura de *conciencia moral*,

El destino que sufre la pulsión agresiva, instigada por la cultura, es la "orientación contra la propia persona". Eros, que inicialmente había forzado a una parte de la energía de la pulsión agresiva a dirigirse hacia afuera, se encarga de que una porción de ella retorne al lugar de donde salió. Parte de la agresividad que quisiera satisfacer en algún objeto externo se dirige contra el Yo mismo en la forma de sentimiento de culpa.

Pero, podríamos preguntarnos en este momento que ocurre, por ejemplo, con aquellos individuos cuya personalidad muestra características amorales y antisociales,<sup>68</sup> una de las cuales es la incapacidad de experimentar sentimiento de culpa. Pues bien, ellos no están en modo alguno exentos de la acción del Superyó; la diferencia radica en que éste se encuentra tan escindido del Yo que no es percibido como propio, sino proyectado al mundo exterior. En ellos, el Superyó adquiere la forma de búsqueda inconsciente de castigo. No debemos olvidar que la conciencia moral es sólo una de las funciones del Superyó. Por esto, no se puede concluir que un individuo no tenga Superyó por el hecho de que carezca de conciencia moral. La función superyoica de vigilancia de los actos e intenciones se mantiene intacta en estos sujetos, aunque solamente la perciban proyectada en la realidad externa. De esta forma nos quedan claros los dos extremos del asunto: a) *el sadismo del Superyó*, cuya manifestación subjetiva es el torturante sentimiento de culpa; y b) *el masoquismo del Yo*, cuya manifestación subjetiva es la ansiedad persecutoria y cuya presentación objetiva es la "*culpa inconsciente*" o *necesidad de castigo*, que se pone de manifiesto como conducta autodestructiva.

La conclusión de esto, es que nadie escapa a la acción del Superyó, pues dicha instancia, cuya energía procede de la Pulsión de Muerte, ejecuta parte del mandato vital de que todo individuo muera por sus conflictos internos<sup>69</sup>. No sobra recalcar que el Superyó y la conciencia moral —que suelen ser confundidos— no son para Freud, término idénticos,

<sup>68</sup> Freud hace alusión al respecto a la idea de Kant que sostiene que nada prueba más la superioridad de Dios que el cielo estrellado y la conciencia moral, según Freud, el cielo y lo que hay en él no hay duda es maravilloso, pero en lo referente a la conciencia moral, Dios fue bastante incumplido en la realización de su tarea, pues distribuye esta de forma tan desproporcional, que parece que algunos hombres no le otorgó prácticamente nada de conciencia moral.

<sup>69</sup> Esquema del psicoanálisis (1940a [1938]), p. 3383.



pues esta última es sólo una de las funciones del primero. La existencia de conciencia moral no implica ausencia de *Superyó*.

Pero veamos que en la evolución del individuo no siempre existió el *Superyó*. Inicialmente, el niño sólo reconoce la autoridad de los padres. La acata por miedo a la "pérdida del amor", que le acarrearía castigos. Se puede decir que los individuos "amorales" —y también los considerados "sanos"— conservan rasgos infantiles en su modo de proceder, pues no se abstienen de llevar a cabo acciones "malas" —es decir, conducentes a la pérdida del amor y al consiguiente castigo,<sup>70</sup> si no corren el riesgo de ser sorprendidos y castigados por la autoridad externa.

Cronológicamente, aparece primero, la conciencia moral infantil. Se renuncia a satisfacer determinadas inclinaciones instintivas por temor a la pérdida del amor. Con la instauración del *Superyó* se alcanza un segundo nivel de conciencia moral, "y de puridad sólo entonces se tiene derecho a hablar de conciencia moral y sentimiento de culpabilidad"<sup>71</sup>. El temor a la autoridad externa se sustituye por el temor al *Superyó*. Bajo el imperio de éste, no basta con renunciar a la satisfacción; es necesario también aceptar el castigo, pues él sabe hasta de las intenciones. En el segundo nivel de la conciencia moral "se equipara la mala acción con la intención malévola, de modo que aparece el sentimiento de culpabilidad y la necesidad de castigo"<sup>72</sup>. Esta ilación de pensamiento llevaría a la conclusión de que la fortaleza del *Superyó* procede de la autoridad, de la cual es heredero. Con esto pondrían explicarse las dos dificultades mencionadas: los individuos "dóciles" derivarían la agresividad e intolerancia de su *Superyó* de la autoridad de la cual éste es heredero, y el fracaso e infortunio reforzarían la reacción moral por la misma razón. En conclusión, como todo el mundo sabe, la conciencia moral es la causa de la renuncia pulsional.

Sin embargo, hemos de adelantar una objeción a esta conclusión. En efecto, no hay una correlación necesaria entre la severidad de la educación a que haya sido sometido el individuo y la fortaleza de su *Superyó*. Una crianza violenta y opresiva puede y suele generar un individuo amoral, mientras que una educación muy laxa puede dar origen a un *Superyó* brutal.<sup>73</sup>

La hipótesis con que Freud intenta explicar este fenómeno se basa en el papel que haya desempeñado la agresión en la vida pulsional de cada individuo: "en estas relaciones se ha de tratar siempre de una renuncia a la agresión"<sup>74</sup>. Según esta hipótesis, la magnitud de cada agresión a cuya satisfacción se renuncia se incorpora al *Superyó*, acrecentando de esta forma su agresividad contra el Yo. En este momento del análisis, como se ve, se invierte la situación, puesto que la renuncia pulsional aparece como "fuente dinámica de la conciencia moral"<sup>75</sup>. El análisis de las primeras relaciones de objeto parece dar a Freud la clave para conciliar ambos niveles.

Son los padres, los encargados de imponer las primeras restricciones a las necesidades pulsionales del niño. Esto genera frustración, con la consecuente agresividad hacia el

<sup>70</sup> El Malestar en la Cultura (1930a), p. 3054.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 3054.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 3056.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 3058, nota 1713.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 3057.

<sup>75</sup> *Ibid.*, p. 3056-3057.

objeto. Al producirse la identificación con el objeto —resultado de la imposibilidad de vencerlo y de la necesidad de renunciar a la venganza contra el mismo— se incorpora al Superyó la agresividad que se quisiera desplegar contra el objeto. Se puede anotar según Freud, que mientras en la elección de objeto, se quiere al objeto, se lo desea, en la identificación se quiere ser como él, es decir, pasamos del enamoramiento a la identificación, a la idealización del objeto. El Superyó sería en tal sentido, la parte del Yo que se identifica con la autoridad. Freud resume los pasos teóricos en los siguientes términos:

“La primitiva severidad del Superyó no es (...) la que el sujeto nos ha hecho sentir o la que le atribuimos, sino que corresponde más a nuestra propia agresión contra el objeto. Si esto es exacto, realmente se puede afirmar que la conciencia se habría formado primitivamente por la supresión de una agresión, y que en su desarrollo se fortalecería por nuevas supresiones semejantes.”<sup>76</sup>

Nuevamente estamos en presencia de un desplazamiento de la agresión, o, lo que es lo mismo, de su “orientación contra la propia persona”. Esta explicación complementa la que mencionábamos anteriormente, según la cual la fuerza de la defensa es proporcional a la de la pulsión. No sobra aclarar, si embargo, que el Superyó se forma como respuesta a diversas influencias ambientales, y que aunque no siempre un Superyó rígido proceda de una educación rígida, esta situación también puede darse. Es más bien la agresividad que se *atribuye* al objeto, es la que hereda el Superyó.

Hay que anotar, por otra parte, que el reconocimiento de que la conciencia moral no es sólo causa, sino también consecuencia de la renuncia a una satisfacción pulsional, nos lleva de vuelta al supuesto hecho histórico que dio origen a ella: el asesinato del padre primitivo. En este caso, lo que se aprecia es un sentimiento de culpa por un hecho consumado, lo que presupone la existencia de una conciencia moral. La solución que ofrece Freud ya la habíamos estudiado: lo que experimentaron los hijos al morir el padre primitivo no fue un *sentimiento de culpa*, sino un *remordimiento*. Este, como mencionábamos, se explica por la ambivalencia de los sentimientos. Al satisfacerse el odio, se produce una descomposición de las pulsiones que desequilibra la balanza a favor del amor, lo cual lleva a la identificación con el objeto, a querer ser como él, y a la consiguiente investidura de una parte del Yo con el poderío de éste. Esta hipótesis permite a Freud llegar a la siguiente conclusión:

“Creo que por fin comprenderemos claramente dos cosas: la participación del amor en la génesis de la conciencia y el carácter fatalmente inevitable del sentimiento de culpabilidad. Efectivamente, no es decisivo si hemos matado al padre o si nos abstuvimos del hecho: en ambos casos nos sentiremos por fuerza culpables, dado que este sentimiento de culpabilidad es la expresión del conflicto de ambivalencia de la eterna lucha entre Eros y la Pulsión de destrucción o Muerte”.<sup>77</sup>

Ahora bien, el mencionado conflicto de ambivalencia se pone en marcha en todas las relaciones interpersonales. La cultura, por su naturaleza erótica, impele a los hombres a unirse en masas cada vez mayores, lo cual implica un proceso continuado de renuncia a la agresión, con la consiguiente acentuación del sentimiento de culpa, Reik lo ilustra en los siguientes términos:

<sup>76</sup> *Ibíd.*, p. 3057.

<sup>77</sup> *Ibíd.*, p. 3059.



“el cuadro que aquí se nos presenta es el siguiente: una tal presión en aumento del sentimiento de culpa impulsa al individuo hacia la comunidad, provoca que surjan nuevos conflictos en la convivencia entre los hombres, fortalece el deseo de agresión y el sentimiento de culpa —es un círculo vicioso.”<sup>78</sup>

La evolución cultural aparece, por consiguiente, como un proceso indisolublemente ligado a la progresiva exacerbación del sentimiento de culpa. Es más, el desarrollo de la cultura descansa sobre esta exacerbación, lo cual hace temer a Freud que con el tiempo se llegue a una situación intolerable para el individuo.

Es así, como llegamos a la conclusión de que el sentimiento de culpabilidad es el “problema más importante de la evolución cultural (...) que el precio, por qué esos símbolos pagados por el progreso de la cultura reside en la pérdida de felicidad por aumento del sentimiento de culpabilidad”<sup>79</sup>. Aclara el autor que lo que puede haber de extraño en esta proporción radica en las confusas relaciones entre el sentimiento de culpa y la conciencia<sup>80</sup> (lo consciente). Como anotado Freud, en algunos casos el sentimiento de culpa emerge ruidosamente al campo de la conciencia, mientras que en otros aparece solamente bajo la forma de necesidad inconsciente de castigo. El sentimiento de culpa, en última instancia, se reduce al miedo al Superyó, a la percepción que tiene el Yo de ser vigilado a la percepción de la tensión entre las exigencias yoicas y las del Superyó, que puede manifestarse apenas como un vago sentimiento de malestar “que se trata de atribuir a otras motivaciones”<sup>81</sup>.

Tenemos en síntesis, que la dificultad teórica de si el sentimiento de culpabilidad proviene de una agresión realizada (remordimiento) o de una agresión apenas intencionada —hecho este descubierto por el psicoanálisis— adquiere una nueva perspectiva con la introducción del concepto del Superyó, pues nada escapa a la vigilancia de éste. El vigilante interno provee el mismo castigo para la agresión realizada que para la intencionada. La segunda dificultad teórica —la de si la agresividad del superyó procede de la autoridad externa o de la agresividad propia que se quisiera descargar contra esta— recibe también nueva luz con la introducción del Superyó. Según esta nueva hipótesis, cada porción de energía agresiva que el individuo quisiera dirigir a un objeto externo, cada acto de agresión no llevado a cabo, se añade a la energía autodestructiva del Superyó. En síntesis, ambas respuestas para cada dificultad son ciertas, pero debemos tomar en consideración que “la primera concepción parece adaptarse mejor a la historia del sentimiento de culpabilidad, mientras que la segunda tiene más en cuenta su teoría”<sup>82</sup>. En ambos casos, lo notable es que el desplazamiento hacia adentro de la agresión, aunque la proporción en que uno u otro mecanismo actué entre los individuos. Debe hacerse énfasis sobre el hecho de que solamente la defraudación de la pulsión agresiva aumenta el sentimiento de culpa<sup>83</sup>. Más exactamente, es el *componente agresivo* de cada impulso pulsional el que se convierte en sentimiento de culpabilidad, puesto que, como ya hemos dicho, las pulsiones, tanto eróticas como tanáticas, no se presentan en forma pura.

<sup>78</sup> REIK, Theodor. “la Reflexión de Freud Sobre la Cultura (El Malestar en la Cultura)”, en BRAUNSTEIN, Néstor A., A medio Siglo de el Malestar en la Cultura de Sigmund Freud, Ed. Siglo XXI, México, 1981, p. 132.

<sup>79</sup> El Malestar en la Cultura (1930a), p. 3060.

<sup>80</sup> Bewußtsein: la conciencia moral en alemán se denomina Gewissen.

<sup>81</sup> El Malestar en la Cultura (1930a), p. 3061.

<sup>82</sup> Ibid., p. 3062.

<sup>83</sup> Ibid., p. 3063.

Freud considera necesario también aclarar, en qué sentido se aplica la fórmula de la lucha entre la Pulsión de Vida y la Pulsión de Muerte al proceso cultural, a la evolución del individuo y a la especulación sobre la vida orgánica en general. Por ser tanto la evolución individual cuanto la cultural expresión del proceso vital ("mecanismos vitales"), las analogías resultan evidentes, pero debe atenderse también a sus divergencias. Habíamos dicho que los padres de la civilización son Eros (el amor) y Ananke (la necesidad). Por razones económicas, Ananke necesita apoyarse en Eros: si los individuos no se encuentran libidinalmente entre sí, no tardan en romper sus nexos.

Pero la consideración esencial para la cultura es la de la convivencia. La particularidad del individuo consiste en que él expresa un propósito. Obedece a la meta cultural de amalgamarse con los demás —está al servicio de la especie (altruismo)—, pero acoge como su fin principal el programa de el principio del placer —está al servicio de sí mismo (egoísmo)—.<sup>84</sup> Como se ve, los propósitos culturales sólo coinciden con el individuo en lo concerniente a la adaptación a la comunidad, y la civilización puede y hasta debe prescindir de la felicidad individual para acercarse a sus objetivos.

En este orden de ideas, la muerte entendida como pulsión se nos presenta, en primer lugar, como problema para el individuo, puesto que de ella procede la principal fuerza que se opone a sus anhelos de felicidad. La cultura sabe que hacer con lo tanático: se lo devuelve al individuo en forma de Superyó. Los sistemas éticos, con los cuales la cultura regula las relaciones de los individuos entre sí, se derivan de los ideales de lo que Freud llama el Superyó cultural<sup>85</sup>. El principal propósito de éste, como sabemos, es domar las tendencias agresivas. La dificultad consiste en que lo hace de forma injusta y mentirosa, limitándose a imponer consignas sin siquiera preguntarse si a los hombres les será posible cumplirlas. Supone que el hombre es dueño de sí mismo, que el Yo ejerce una autoridad total sobre el Ello, y se limita a premiar a quien se coloque a sí mismo en situación desventajosa —ya sea quedando a merced del "amoroso" prójimo o cayendo en las garras de la neurosis siguiendo sus antipsicológicas normas. Nuestro autor no puede menos que exclamar: "¡Cuán poderoso obstáculo cultural debe ser la agresividad si su rechazo puede hacernos tan infelices como su realización!"<sup>86</sup>

La cultura disfraza de promoción del amor la necesidad de coartar la agresividad como demuestra Freud con el análisis del mandamiento del amor al prójimo. *En este hecho se pone de presente que la Pulsión de Muerte es mucho más problemática para la cultura que para el individuo mismo.* Es Ananke la que se resiente cuando los hombres se destruyen entre sí, puesto que los necesita para que trabajen y hagan posible la obra cultural.

Si sometemos este proceso a un análisis cuidadoso, podríamos llegar a la conclusión de que el amor no necesita que le hagan propaganda. Es una fuerza titánica que sabe abrirse paso sin que la torpe vanidad de los propósitos humanos le sea indispensable. Si examinamos, por ejemplo, la famosa "educación sexual", encontramos que dice propender a la promoción de la dignidad y de los valores humanos, pero su verdadera motivación se encuentra en hechos fanáticos, como son la violencia sexual, las enfermedades transmitidas por este medio, los embarazos indeseados, del aborto criminal, etc. Tampoco podemos perder de vista que el problema del sexo parece no

<sup>84</sup> *Ibíd.*, p. 3064.

<sup>85</sup> *Ibíd.*, p. 3065.

<sup>86</sup> *Ibíd.*, p. 3066.

venir de afuera, sino de adentro: la represión es inherente a la función sexual misma. No por el hecho de dictar clases de sexualidad o de promover la liberación de las costumbres sexuales estamos desactivando el hecho afectivo inconsciente de la represión, cuya naturaleza analizamos más arriba. Más aún, este tipo de intervenciones ponen de relieve una situación peligrosa para la misma sociedad, como es la de que pretende manejar el problema de la agresión mediante el sofisma de la promoción del amor. *El principal tabú para la sociedad no es el sexo, sino el de la muerte.* Todos los "amantes de la vida" quieren que se "desmitifique" el sexo, que se hablé de él con libertad y que todo el mundo se informe muy bien al respecto. La violencia —la manifestación más ruidosa de la Pulsión de Muerte—, sin embargo, es algo de lo que nadie quiere hablar en serio. Se la ve como una cuestión accidental y se trata de atribuir su causa a factores sociológicos, demográficos y hasta raciales. Propone someterla mediante la imposición del amor, sin tomar en consideración que el estímulo de uno de las dos pulsiones acarrea una exacerbación refleja del otro, tal como sucede en el sistema nervioso autónomo. Una situación de estímulo del simpático (catabolizante, representante de la Pulsión de Muerte) para la lucha o la huida provoca aumento de la presión arterial y de la frecuencia cardíaca, además de redistribución del flujo sanguíneo hacia los músculos, con la consiguiente palidez cutánea. Poco después, sin embargo, aparece el reflejo del parasimpático (anabolizante, representante de la Pulsión de Vida), y el individuo experimentara debilidad, mareo, náuseas y rubicundez. De manera análoga, podría ocurrir que el estímulo del amor resultara en aumento de la agresividad.

Pareciera que, más que en la promoción del amor, debería pensarse en otras formas de administrar la agresión, como nos hace ver Reik:

"Una parte de las inclinaciones agresivas humanas presenta una manifiesta exigencia de satisfacción. (...) Más bien habrá que pensar en canalizar las fuerzas agresivas de los hombres en lugar de suprimirlas, en vista de que no se dejan eliminar. Una ensoñación ajena y alejada de la realidad espera que los hombres se amen unos a otros. Es muy dudoso que la mas moderna advertencia "odíaos menos unos a otros" llegase a encontrar algún eco que trascendiese el mero interés teórico."<sup>87</sup>

Cómo pueda llevarse esto a cabo es algo que rebasa los alcances y propósitos de este trabajo. Nadie niega que la disposición pulsional agresiva deba ser domada, pero por ser este un problema de orden técnico no nos corresponde abordarlo.

Así como el psicoanalista debe a veces en su labor terapéutica enfrentarse al Superyó del paciente y trata de rebajar sus pretensiones, parece ser necesario un tratamiento análogo para la cultura. A lo que Freud no se atreve es a ofrecer soluciones o modos de proceder concretos, que sería lo que todos quisiéramos escuchar. Nos tocara, eso sí, seguir la invitación implícita que nos hace el autor a pensar por nosotros mismo e idear mecanismos que hagan posible una atenuación de la oposición entre individuo y civilización.

---

<sup>87</sup> REIK, Theodor. "la Reflexión de Freud Sobre la Cultura (El Malestar en la Cultura)", en BRAUNSTEIN, Néstor A., *A medio Siglo de el Malestar en la Cultura de Sigmund Freud*, Ed. Siglo XXI, México, 1981, p. 129.

## REFLEXIONES FINALES

Al llegar al final del recorrido propuesto, quisiera hacer algunas anotaciones sobre la sexualidad, aunque ésta no es el asunto principal de este trabajo. Sin embargo, si se encuentra en íntima relación con todo el desarrollo de la teoría psicoanalítica. Esto es, la sexualidad.

Con Freud encontramos una definición «ampliada» de la sexualidad. La clínica psicoanalítica discernida en la experiencia de la cura con los neuróticos, el estudio de las perversiones y de la sexualidad infantil, abren el camino a la definición «ampliada» de la sexualidad que Freud comienza a hacer valer desde 1905 con la publicación de Tres ensayos de teoría sexual. En este texto, Freud amplía el concepto de sexualidad (de la cual, a fines del siglo XIX se tiene una noción muy limitada) permitiendo reconsideraciones fundamentales. La sexualidad, tal como Freud la concibe, no comienza en la pubertad con la entrada en función de los órganos genitales, sino que se despierta muy pronto después del nacimiento. Según lo recordará en 1938 en Esquema del psicoanálisis, la palabra «sexual» remite para el psicoanálisis a un conjunto de actividades sin relación con los órganos genitales; lo sexual y lo genital no tienen que confundirse. La finalidad de lo sexual así comprendido no es forzosamente la reproducción. La meta «originaria» de la sexualidad, sostiene Freud, es una meta de goce y, como lo precisa Lacan, aquello a lo que tiende el Goce no tiene nada que ver con la copulación en su finalidad de reproducción.

Estas propuestas trastornan la concepción clásica de la sexualidad y, además, hacen volar en pedazos el muro estanco que, según se pensaba, separaba a los presuntos normales de las otras personas. Como Freud lo subraya en 1925, «separar la sexualidad y los órganos genitales presenta la ventaja de permitirnos subsumir la actividad sexual de los niños y de los perversos bajo los mismos puntos de vista que la de los adultos normales»

Como lo observa Lacan en 1964, «Desde los Tres ensayos de teoría sexual, Freud pudo presentar la sexualidad como esencialmente polimorfa, aberrante. Quedó roto el encanto de una pretendida inocencia infantil». Con su definición «ampliada» de la sexualidad, Freud presenta el campo de lo psicosexual como irreductible a datos biológicos, en una distancia esencial respecto del pulsión sexual entendido como función vital. De esa irreductibilidad, de esa distancia esencial, dan cuenta las elaboraciones teóricas y metapsicológicas de la teoría de las pulsiones sexuales y de la teoría de la libido.

Seguidamente, Freud establece una relación entre Pulsión sexual y realidad psíquica. Freud descubre y subraya que la función sexual en el ser humano sólo está representada y se manifiesta en el proceso de la realidad psíquica por medio de las «pulsiones parciales» (conjunto de los componentes de lo que en psicoanálisis se denomina con la expresión genérica «pulsión sexual»), y no por un instinto sexual (con objeto y meta predeterminados) o una pulsión llamada genital.

Freud cuestiona por lo tanto «la opinión popular» y las ideas comunes de su época acerca de estas cuestiones. Sostiene que la pulsión sexual es el efecto de la relación con un otro humano hablante y deseante, y que en la investidura libidinal se apunta a un objeto, indiferente en sí mismo pero subjetiva e históricamente determinado, que satisface (parcialmente) la meta de goce de la pulsión sexual. Esta meta no tiene

entonces nada que ver con el acto sexual en su finalidad biológica de reproducción. Entre otros factores, la sospecha de «un parentesco psíquico», de una «relación genética», entre la satisfacción sexual obtenida en el acto sexual y la que se obtiene por sublimación de los componentes de la pulsión sexual inutilizables por la genitalidad, sublimación que realiza «las obras culturales más grandiosas», confirma esa afirmación.

Al separar el concepto de pulsión de la confusión con la noción de instinto, lo que va de la mano con la problematización de la vida libidinal, problematización a la cual él introduce, Freud registra el hecho de que, desde el punto de vista psicoanalítico, o sea desde el punto de vista de la articulación de lo sexual con el inconsciente, nada en el plano psíquico da testimonio de un instinto sexual o de una determinación genital que lleven naturalmente hacia un partenaire adecuado (objeto genital preestablecido), orientados por una finalidad de reproducción. Tampoco hay procesos de maduración instintiva o pulsional que conduzcan al ser humano a definirse naturalmente en términos subjetivos en cuanto a su sexo o al sexo de un partenaire. Éstas son las propuestas fundamentales que Lacan reformula, subrayando que, si sólo el acto sexual puede establecer una relación entre los dos sexos, no hay relación sexual, en el sentido de una conjunción natural que establezca una adecuación y una completud entre hombre y mujer, los cuales, dice él, no son «nada más que significantes». En el psiquismo no hay inscrita ninguna «relación sexual» entre los significantes hombre y mujer que orientaría la dinámica pulsional.

La pulsión sexual, tal como Freud plantea sus términos, está estrechamente ligada al encuentro con el lenguaje, a la constitución y a la determinación de la vida psíquica, a su división constituida, que él discierne conceptualizando la hipótesis del inconsciente. Al indagar el sentido de los síntomas psíquicos, al explorar las fantasías que los subtienden, Freud descubre la articulación, la coexistencia de lo sexual y lo inconsciente tramada por el deseo inconsciente del cual el síntoma, la fantasía o el sueño son realización.

Por otro lado, cómo afecta está noción de sexualidad planteada por Freud a la vida sexual misma de cada individuo. La ruptura conceptual fundamental que realiza el psicoanálisis tiene que ver con esta relación, discernida por Freud, entre una subjetividad dividida (Spaltung) por el hecho de que el ser humano esté tomado por el lenguaje, y el campo de lo sexual tal como él infiere sus términos. Al establecer esta relación, Freud explica el conflicto inherente a la subjetividad del ser humano, redefine el campo de lo sexual, muestra que la sexualidad no está representada en el psiquismo más que por las «pulsiones parciales», y aclara lo que descubre en la experiencia de la cura psicoanalítica: el sentido sexual inconsciente de un conjunto de síntomas y comportamientos que hasta entonces se atribuían a una tara congénita, un fenómeno de degeneración del sistema nervioso, o bien, actualmente, entre otros factores, a perturbaciones de las funciones, del condicionamiento, del aprendizaje. De este modo Freud no sólo plantea el problema de la incidencia del orden psicosexual, de la vida libidinal, sobre un conjunto de trastornos psíquicos, sino también sobre trastornos físicos que no dependen de ninguna etiología orgánica, Y por lo tanto testimonian de esa incidencia sobre el organismo y sus procesos.

La vida libidinal (es decir, el movimiento y la organización del deseo por el cual se articulan lo sexual y el inconsciente) ordena la sexualidad (en sentido corriente), pero también la investidura libidinal de funciones corporales que por lo común no son

llamadas sexuales. En 1938, en Esquema del psicoanálisis, Freud afirma por última vez que «todo el cuerpo es una zona erógena», es decir, libidinalmente investida, capaz por lo tanto de dar testimonio de la vida sexual con manifestaciones que no parecen depender en nada de lo sexual.

Para Freud no todo es sexual, pero lo sexual está en todas partes. Al señalar que «la vida sexual está organizada de tal manera que forma parte de todos los procesos importantes del organismo» (1908, Minuta de Viena), lleva hasta sus últimas consecuencias la problemática que sostiene: la participación de la vida libidinal en los procesos de vida y muerte del organismo. De modo que no sólo las manifestaciones físicas sin soporte orgánico se revelan como expresiones de «la vida sexual»; también las funciones corporales, más allá de los procesos biológicos que comprometen, están estrechamente ligadas a la organización libidinal que participa de su efectuación y los afecta. Se plantea, por ejemplo, la cuestión de las perturbaciones de los procesos que hacen posible la fecundación o, más recientemente, la incidencia de lo psicosexual en lo que se llama las enfermedades autoinmunes y en su desarrollo.

La vida sexual forma parte de todos los procesos importantes del organismo, así como es parte de todos los aspectos de la vida de un sujeto (vida corporal entonces, pero también vida afectiva, de relación) y de sus realizaciones; incluso, como ya se ha dicho, «de las obras culturales más grandiosas», según los términos de Freud. Las fantasías que organizan la vida libidinal (inconsciente) despliegan y muestran las modalidades inconscientes según las cuales, en efecto, no sólo se encuentran ordenadas las conductas sexuales, sino también la posición, la existencia, las elecciones de objeto y las actividades de un sujeto.

En lo concerniente al tema de estudio específico de este trabajo, la introducción del punto de vista biológico en la psicología tiene como una de sus consecuencias la postulación de la existencia de una Pulsión de Muerte en el Más allá del Principio de Placer (1920), el carácter “conservador” de las pulsiones, que se intuye a partir de una supuesta tendencia del sistema nervioso a “suprimir” o “dominar” los estímulos procedentes tanto del medio externo como del interior. Partiendo del giro, que introduce la teoría psicoanalítica en la consideración de lo humano, se me hizo necesario mostrar cómo fue que el problema de la muerte se le tuvo que imponer a Freud, cuál es el lugar que ocupa la muerte dentro de la filogénesis de la cultura.

Por otro lado, la Pulsión de Muerte está estrechamente ligada en Freud a la noción de principio del cero o del Nirvana (retorno a la ausencia de excitación por las vías más cortas) y a la compulsión de repetición cuya insistencia se hace cada vez más evidente en la clínica y en la cura. Esta tendencia, empero, se ve perturbada por otra —la Pulsión de Vida—, que obliga a que parte de dicha actividad autodestructiva se derive hacia el exterior, con el fin de que cada ser vivo alcance la terminación de su existencia siguiendo un camino totalmente individual. De la acción complementaria de la Pulsión de Vida y de Muerte resulta que cada organismo busque morir a su manera.

La postura científica de Freud no teme a las dificultades sino que se beneficia de ellas. Freud nunca intentó hacer pasar la teoría de las Pulsiones por sistema acabado e indiscutible de verdades: la llamó *mitología*, no catecismo. Las Pulsiones son creaciones mentales puras, indeterminadas e indemostrables, de las que sin embargo no se puede





prescindir para hacer comprensibles los datos procedentes de la observación psicoanalítica.

Pero volvamos, teniendo presente lo dicho hasta ahora, a la reflexión en torno a la naturaleza humana. Desde el principio resultó evidente que existen estrechas relaciones entre el individuo y la sociedad. Parece que si hay algo que distingue al hombre de otras formas de organización de la vida, y esto es su modo de existir necesariamente social. La cultura, según recordaremos, aparece como un "proceso peculiar" que se lleva a cabo sobre la especie humana.

La civilización se encarga de administrar las Pulsiones del individuo. Parece que en las demás especies animales —y esto es tanto más cierto cuanto menos "evolucionada" sea la especie— no es necesario que el individuo se le manejen sus Pulsiones desde afuera. Nadie tiene que controlar la forma en que las abejas construyen sus colmenas o regulan su comportamiento nutricional o reproductivo. El ser humano, por el contrario, sufre desde el principio un proceso de doma de pulsiones, primero a través de la autoridad externa mediante mecanismo que se forman por internalización de la misma.

Al final del desarrollo del trabajo, se me manifestó esto con mucha fuerza, teniendo la necesidad de reflexionar sobre la forma en que la cultura administra la Pulsión de Muerte. La consideración del Superyó, esa instancia psíquica inferida por Freud<sup>88</sup> que cristaliza la internalización de los intereses de la colectividad, me hizo caer en cuenta de la necesidad tan apremiante que tiene la sociedad de sojuzgar la inclinación agresiva del individuo, haciéndola volver en su contra. La Pulsión de Muerte es tan sobresaliente en la especie humana que la cultura debe hallar, para poder subsistir, la forma de devolver parte de ella a su origen. El Superyó, cuya función de conciencia moral es el instrumento que usa la cultura para tal fin, aparece desde la perspectiva tópica como parte del Yo, pero su análisis dinámico obliga a localizar su rastreo energético en la Pulsión de Muerte.

Freud logra situar la tendencia agresiva en la base del sentimiento de malestar cultural, que se reduce al sentimiento de culpabilidad por las agresiones realizadas o meramente deseadas. En nuestra representación inmediata encontramos que el programa del mundo se opone a nuestra felicidad, pero el nivel profundo del análisis nos lleva a concluir que es *nuestra propia constitución psíquica* la que nos hace infelices. Fue por esto que pude comprobar que la muerte —entendida como Pulsión, no como un lamentable hecho que pone fin a la vida— es mucho más problemática para la cultura que para el individuo mismo.

Según se infiere de esta última observación, el problema de la muerte aparece en su verdadera grandeza cuando se lo mira en la cultura. Es la civilización la que necesita que los hombres no se maten entre sí, para que puedan obedecer el mandato de Ananke (necesidad) de trabajar en comunidad. Para llevar a cabo su cometido, Ananke se apoya fundamentalmente en la acción de su aliado Eros, pues resulta claro que las asociaciones entre humanos que se basan en la mera conveniencia no están destinadas a durar. Es el amor entre los seres humanos el que hace posible la pervivencia de la civilización. La cultura es, como se pone de presente por lo dicho hasta aquí, el escenario de la lucha entre Eros y Muerte tal como la vivimos en nuestra especie.

<sup>88</sup> El Malestar en la Cultura (1930a), p. 3061.

## BIBLIOGRAFÍA

- BERCHERIE, Paul. "Génesis de los Conceptos Freudianos". Paidós, México, 1989.
- BERNSTEIN Richard. El mal radical, Barcelona, Lillmod, 2005.
- BRAUNSTEIN, Néstor A., A medio Siglo de el Malestar en la Cultura de Sigmund Freud, Ed. Siglo XXI, México, 1981.
- FREUD, Sigmund. "De Guerra y Muerte. Temas de Actualidad", Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.14.
- \_\_\_\_\_ "Angustia y Vida Pulsional", Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.22.
- \_\_\_\_\_ "Manuscritos K" en: Las Cartas a Fliess, Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.1.
- \_\_\_\_\_ "Las Neuropsicosis de Defensa", Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.3.
- \_\_\_\_\_ "Tres Ensayos de Teoría Sexual", Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.7
- \_\_\_\_\_ "Pulsiones y Destinos de Pulsión", Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.14.
- \_\_\_\_\_ "Más allá del Principio de Placer", Amorrortu, Buenos Aires, 1979. Vol.18.
- \_\_\_\_\_. Obras Completas, traducción de Etcheverry, José Luis. "Introducción al Psicoanálisis" (1916-1917), Buenos Aires, Amorrortu.
- \_\_\_\_\_. Obras Completas, traducción de Etcheverry, José Luis. "Tótem y Tabú" (1912-1913), Buenos Aires, Amorrortu.
- \_\_\_\_\_. Obras Completas, traducción de Etcheverry, José Luis. "Psicología de las Masas y Análisis del Yo" (1921c), Buenos Aires, Amorrortu.
- \_\_\_\_\_. Obras Completas, traducción de Etcheverry, José Luis. "El Porvenir de una Ilusión" (1927), Buenos Aires, Amorrortu.
- \_\_\_\_\_. Obras Completas, traducción de Etcheverry, José Luis. "Esquema del psicoanálisis" (1940a [1938]), Buenos Aires, Amorrortu.
- \_\_\_\_\_. Obras Completas, traducción de Etcheverry, José Luis. "El Malestar en la Cultura" (1930a), Buenos Aires, Amorrortu.

GREEN, IKONEN, LAPLANCHE, RECHARDT, SEGAL, WIDLÔCHER, YORKE.  
La Pulsión de Muerte: Primer Simposio de la Federación Europea de Psicoanálisis  
(Marsella, 1984). Amorrortu, Buenos Aires, 1986.

HESNARD, A. La Obra de Freud y su importancia para el mundo moderno, Fondo de  
Cultura Económica, México, 1960.